

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo: **AMPARITO MATILDE MORALES MOREIRA**, con CC. 131160883-8, autora del trabajo de graduación intitulado: **“ANÁLISIS DE LA HISTERIA MASCULINA EN LA ACTUALIDAD EN RELACIÓN A LA PROBLEMÁTICA FÁLICA”**. Estudio teórico Psicoanalítico Lacaniano, previa a la obtención del título profesional de **PSICÓLOGA CLÍNICA**, en la Facultad de **Psicología**.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE, el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, octubre 2018

A handwritten signature in blue ink that reads 'Amparito Matilde Morales Moreira'.

AMPARITO MATILDE MORALES MOREIRA

CC. 131160883-8



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

PSICOLOGÍA CLÍNICA

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
PSICÓLOGA CLÍNICA**

TEMA:

Análisis de la histeria masculina en la actualidad en relación a la
problemática fálica.

Estudio teórico Psicoanalítico Lacaniano.

NOMBRE:

Amparito Matilde Morales Moreira.

DIRECTOR:

Carlos Tipán.

Quito, 2018.

DEDICATORIA

A Dios

A mis padres

A mis hermanas

Y especialmente, a José Gabriel.

AGRADECIMIENTOS

A Dios, por su bondad, fidelidad, gracia y misericordia e infinito amor en todo momento.

A mis padres por su amor eterno y apoyo infinito; especialmente a mi mamá por jamás dejar de creer en mí.

A mis hermanas por ser cada una un pilar muy importante en mi crecimiento.

A mi cuñado por siempre estar.

Al príncipe de mi corazón, José Gabriel por llenar mi vida de luz, alegría y amor.

A mis amigos y amigas, por su compañía y amistad verdadera.

A mi director Carlos Tipán, por la paciencia mutua, apoyo y conocimiento.

A la facultad y a la PUCE por permitirme vivir los mejores años de mi vida, y conocer a profesores de mucho valor académico y profesional.

TABLA DE CONTENIDO

DEDICATORIA.....	II
AGRADECIMIENTOS.....	III
RESUMEN.....	V
INTRODUCCIÓN.....	1
1. CAPITULO I. Histeria masculina.....	4
1.1. Historia de la histeria masculina.....	4
1.1.1. Comienzos de la histeria masculina con Jean Martin Charcot.....	5
1.1.2. Estudios de la histeria masculina en las obras de Sigmund Freud.....	7
1.1.3. Estudios de la histeria masculina en las obras de Jacques Lacan.....	10
1.1.4. Estudios de la histeria masculina en autores del psicoanálisis contemporáneo.....	12
1.2. Características del histérico masculino.....	15
1.3. Edipo y Castración.....	16
1.3.1. Posicionamiento del histérico frente a la castración.....	20
1.4. ¿Cómo goza el histérico?.....	22
1.5. Deseo del histérico.....	233
1.6. Fantasma del histérico.....	24
2. CAPITULO II. Falo y masculinidad.....	27
2.1. Problemática fálica.....	28
2.1.1. El falo en Freud.....	30
2.1.2. El falo en Lacan.....	33
2.1.2.1. Falo simbólico e imaginario.....	34
2.1.2.2. Función fálica.....	37
2.2. Posicionamiento frente al otro.....	40
3. CAPÍTULO III. La histeria masculina en la actualidad en relación a la masculinidad y su problemática fálica.....	44
3.1. Postura del histérico en la actualidad en relación a la masculinidad y su problemática fálica.....	45
Si hablamos del Padre.....	52
CONCLUSIONES.....	54
RECOMENDACIONES.....	57
BIBLIOGRAFÍA.....	58

RESUMEN

En la presente disertación se realizó un estudio de la histeria masculina, teniendo como objetivo principal el analizarla en relación con la problemática fálica, para luego articularla con las contingencias de los hombres en la actualidad. Se tomó este tema de investigación ya que hoy en día no se la aborda con frecuencia y tiende a confundirse con la histeria femenina. Por esta razón, se llevó a cabo la investigación a través de lecturas a los autores principales del psicoanálisis como es Freud y Lacan, además de autores contemporáneos del psicoanálisis como es Melman, Landmann y Thibierge.

La histeria masculina es una estructura psicológica de orden neurótico, que se caracteriza por el rechazo simbólico al padre y la búsqueda de aprobación por parte de la madre a través de su mirada. La histeria masculina fue diagnosticada en el siglo XVII y se la ha abordado con menor frecuencia en la actualidad. Según las investigaciones y los casos analizados, tiene relación con la histeria femenina en cuanto a la pregunta que se hacen los sujetos histéricos sobre: “¿Cómo ser hombre o mujer?”

Además, la histeria masculina hoy en día se articula con la problemática fálica que existe en la sociedad contemporánea por medio de la caída del Nombre del Padre, siendo la parte principal de la temática. Este cambio ha dado lugar a una nueva estructuración psíquica, que lleva a la vez a cambios en la estructura de los hombres y la masculinidad actual, modos de ser, comportarse, etc. característicos de los varones (Melman, 2005). La caída del Nombre del Padre ha hecho que la ley se debilite, dando paso al disfrute de las cosas por medio del goce sin límites y la falta de deseo.

En resumen, la histeria masculina por ser de estructura neurótica niega la castración, y en este caso específico la función simbólica por parte del padre, es decir, no va a aceptar su aprobación del lado simbólico, sino que preferirá el lado imaginario materno el que por medio de la mirada de la madre va a encontrar un lugar en el mundo.

INTRODUCCIÓN.

El siguiente trabajo tiene por objeto de estudio a la histeria masculina. Lo que motivó el análisis de esta estructura psicológica es que hace varios años se dejó de hablar de ella, siendo común en la clínica psicoanalítica. Lo que la hace común es que la problemática que atraviesa la histeria masculina está relacionada con los imprevistos que tienen los hombres en la actualidad por la caída del Nombre del Padre (Melman, 2005a). Así, el objetivo de la investigación es analizar la histeria masculina en referencia con la problemática fálica para relacionarla con sus contingencias en la actualidad.

De acuerdo con los textos emblemáticos de Freud y Lacan donde hablaban sobre la histeria masculina; así como también investigaciones de autores contemporáneos del psicoanálisis y escritos de autores lacanianos, uno de los autores principales que permitieron el estudio del tema es Charles Melman. Melman con sus textos contribuyó al análisis de nuevas estructuras psíquicas que dan lugar a la histeria masculina. De esta manera se realizó la investigación según el objeto y objetivo del estudio.

Desde el siglo XVII se investiga y estudia la historia de la histeria masculina donde el médico francés, Charles Lepois diagnostica el caso de un hombre histérico, llamando en primeras instancias a la histeria masculina como *hystero – hypochondriasi*. Después, con el paso de los años se descubren casos similares en hombres con síntomas histéricos hasta que en 1870, Martin Charcot en el clímax de su carrera, estudió la histeria en el hospital *Salpêtrière* de Francia encontrándose casos de histéricos hombres y de mujeres histéricas.

Jean Martin Charcot, ha sido uno de los investigadores principales de la psicología clínica. Sus exhaustivos trabajos relacionados con la psicología y los casos que atendía en la ciudad de París en Francia lo llevaron a ser un investigador de renombre. Algunos de los trabajos fueron realizados en colaboración con Sigmund Freud, pero a diferencia de Freud, Charcot no realizaba publicaciones de los casos clínicos de los histéricos sino que solo realizaba el diagnóstico y la ficha clínica de los pacientes.

Freud en sus obras de los años 1886, 1923 y 1928, publicó los casos de sus pacientes histéricos, donde uno de los más conocidos es, Una neurosis demoníaca en el siglo XVII (1923/1992b).

Por otro lado, Lacan quién al hacer una relectura de las obras de Freud, aporta con nuevos conceptos al psicoanálisis; dando lugar al discurso histérico como aquel donde el histérico busca que no exista una disimetría entre el sujeto y el amo, ya que quiere estar a en la misma posición con la autoridad, demandando el saber al S1 y gozando de este porque él no conoce de su goce. Además, para Lacan es aquí donde el histérico se pregunta por cómo se es hombre o mujer.

Posteriormente, se encuentra el estudio y análisis del falo y la masculinidad en la actualidad, el posicionamiento del falo y la forma de ser de la virilidad. Tomando en cuenta las nuevas formas de comportarse de la masculinidad, ya que en la actualidad los hombres ya no se preocupan por ingresar a algo establecido; ahora las mujeres son las que se posicionan sobre ellos, y las que hace unos 20 años comenzaron a exigir sus derechos. Actualmente cumplen con cosas que antes solo eran para los hombres. Por esta razón, los varones ya no saben qué hacer con la masculinidad ya que son las mujeres las que lo hacen por ellos.

En cuanto al falo y el Nombre del Padre, como el significante que hace referencia a la identificación del sujeto con el padre como el representante de la ley se dice que ha caído (Melman, 2005a); dando cuenta de esta aseveración por medio del debilitamiento de la figura que marcaba la falta y el deseo, además de la globalización, ya que ahora se busca el disfrute de los goces a través de la tecnología.

Para Freud, según sus postulados teóricos, el falo viene a ser aquel órgano que es representado por el pene y por el cual el niño tendrá miedo de ser castrado. El complejo de Edipo se llevará a cabo cuando el niño se enamora del progenitor del sexo opuesto, el cual después de darse cuenta de que no puede estar con él se identifica con su progenitor del mismo sexo, y es aquí donde sus investiduras amorosas culminan para pasar a la etapa de latencia (Freud, 1908/1992).

En el caso de Lacan, el falo viene a funcionar como el significante con mayor importancia y relevancia de la teoría psicoanalítica. De la misma manera, el falo va a ser el significante que designa y nombra, estructura al sujeto y está ausente de la cadena significante. Además, el falo en la teoría psicoanalítica lacaniana, va a ser el significante del deseo; ya que por medio de este renuncia al goce y entra a la falta a través de la castración que es donde se acepta la insatisfacción (Lacan, 1958/2002).

Para Lacan el falo es representado por el niño en el primer tiempo del Edipo, donde el niño siente ser el objeto de la madre, ese objeto que es el deseo de ella, para luego en el segundo tiempo pasar a ser quien tiene el falo, tiene aquello que la madre desea en el padre. En el tercer tiempo el niño se da cuenta que lo tiene su padre y llega a querer identificarse con él para que la madre lo desee a él. Este deseo queda únicamente como promesa del padre donde después el niño encontrará un *partenaire* que se parezca a la madre.

Por otro lado, en el segundo capítulo se estudia la masculinidad en el posicionamiento frente al otro, como aquella postura que ahora ya no se encuentra totalmente definida, sino que está en constante cambio.

Para finalizar, en el tercer capítulo se anuda lo que es la histeria masculina con la problemática fálica de la actualidad; encontrando que un punto central e importante en la relación de estas tópicas es la caída del Nombre del Padre, ya que es gracias a esta que los hombres tienen contingencias con las figuras de autoridad porque ellos son los que ahora no le temen a nada, y pueden realizarlo todo. La globalización ha hecho que los goces sean solventados por medio de la tecnología, lo que hace posible que exista una falta de deseo y un poder hacerlo todo (Melman, 2005).

Se concluye que el histérico masculino por el debilitamiento del Nombre del Padre sea quien rechace el reconocimiento simbólico por parte del padre y apruebe el reconocimiento imaginario por parte de la madre buscándola en la mirada del Otro, quien le da además del reconocimiento imaginario un reconocimiento del tipo fálico, posicionándose frente al otro como aquel que es mejor a pesar de que siempre este preguntándose cómo es ser hombre o mujer.

1. CAPITULO I. Histeria masculina.

1.1. Historia de la histeria masculina.

La histeria es una estructura clínica que se encuentra ubicada dentro de la categoría de la neurosis, siendo uno de los estudios con mayor antigüedad de descubrimiento de la psicología y psicoanálisis. La etimología del término histeria viene de la palabra griega *hystera* o *uterus*, que en español significa útero. En investigaciones previas se encontraron imágenes en algunos textos hipocráticos, donde se observa al útero como un “...animal inquieto, furioso” (Micale, 1990, p. 363) dentro del cuerpo femenino, debido a una prolongada antinatural continencia que da lugar a una extraña serie de síntomas como: sensación de asfixia, palpitaciones del corazón y pérdida de la voz. En medicina, área en la que fue en un principio estudiada la histeria, era considerada una enfermedad femenina por excelencia.

En el siglo XVII, Charles Lepois, médico de Enrique II de Francia realizó investigaciones en cuanto a la histeria masculina, descubriendo en 1618 que “... Los síntomas de los histéricos son casi todos comunes tanto de hombres como de mujeres” (Micale, 1990, p. 367). Apareciendo después, el primer término con el cual se relacionaría a la histeria masculina en la historia médica, *hystero – hypochondriasis*. Por medio de este término los médicos podían reconocer una enfermedad que hacía relación a ambos sexos, con la ventaja de que esta era una denominación menos ofensiva para los hombres, ya que encontraron que la histeria femenina tenía como contrapartida en los varones la hipocondría.

Por otro lado, en el siglo XVII aparece la teoría neurológica de la histeria, y en el siglo XVIII y XIX, cambiaría para que la histeria sea considerada como algo de origen ginecológico causado por una enfermedad mental y nerviosa (Micale, 1990).

Pasaron los años y la histeria fue tomando mayor fuerza hasta lograr que se diagnosticara. Philippe Pinel denominó a la histeria como “neurosis genital de las mujeres”, y en 1816, el alienista francés JB-Louyer Villermay aseguró que existían unos nervios que salían del útero y pasaban por todo el cuerpo de las mujeres, siendo ellos los causantes de las enfermedades nerviosas y mentales concluyendo que, “el hombre no puede ser histérico, él no tiene útero” (Micale, 1990, p. 368).

Durante este periodo, y con mayor énfasis en el siglo XIX, varios autores y médicos especializados en la parte fisiológica de la neurología, argumentaban que si existían ciertos casos de histeria en los hombres que eran muy parecidos a los de las mujeres. Con respecto a ellas se creía que las edades donde se encuentra con mayor frecuencia este tipo de diagnósticos son en la pubertad y la menopausia.

Así pues, con el estudio continuo de la histeria y los casos particulares en los hombres, Briquet un médico que trabajaba en el Hospital de *Charité* en Francia, no estaba del todo de acuerdo con lo que sus colegas habían argumentado acerca de la histeria y del hecho de ser la mujer la única que por medio de su útero da lugar a una enfermedad, creyendo que al desestimar estas teorías y decir que los hombres también son capaces de tener histeria se iban a caer todos los postulados ya elaborados. Con mucha audacia Briquet presenta "...su estudio de 700 páginas con siete informes de casos plenamente documentados de pacientes varones adultos a los que se asignó el diagnóstico de *hysterie simple* o *Complexe hysterie*" (Micale, 1990, p. 369).

Se postularon teorías sobre la histeria y la causa de ella como: la congestión de los ovarios o "neuralgias pélvicas" la cual era resuelta con las ovariectomías. Este pensamiento médico siguió su rumbo, y a principios de 1870 con Charcot en el clímax de su carrera, se estudiaba la histeria en el hospital *Salpêtrière* de Francia (Micale, 1990).

1.1.1. Comienzos de la histeria masculina con Jean Martin Charcot.

Charcot en 1870 se encontraba trabajando en el hospital de París llamado *Salpêtrière*. Este fue el espacio donde logró realizar la mayoría de estudios y constructos teóricos a través de los casos clínicos y la práctica que tenía en el mismo, sobre todo con la observación de pacientes. En torno a los años 1872 a 1878 se realizaron estudios sobre casos de histeria, al determinar que desde la existencia del hospital, hace 200 años, solo se recibía pacientes mujeres (Micale, 1990).

Las evidencias describen que el trabajo de Charcot con los hombres que presentaban un tipo de histeria, data desde 1878 hasta 1893, es decir un periodo de 15 años donde Charcot logró compilar las historias de los casos clínicos que son aproximadamente "...61 historias

clínicas de pacientes masculinos con los diagnósticos primarios de *hysterie, hysterie sencilla, hysterie Grande, hístico-epilepsie o hístico-neurasthénie*” (Micale, 1990, p. 371).

De esta manera:

Su primera serie de escritos sobre el tema, por un total de 21 casos desde 1882 hasta 1885, apareció en el tercer volumen de la *Leçons*. Estos informes clínicos inicialmente sirvieron como enseñanzas teóricas, meticulosamente preparadas, que Charcot entregaba semanalmente en el anfiteatro médico del hospital. Entre 1887 y 1889, Charcot publicó otros 28 casos de histeria masculina en su conocida colección de dos volúmenes, los *Leçons du Mardi à la Salpêtrière*. (Micale, 1990, p. 371).

A través de estos textos y compilados, Charcot no hizo una propuesta teórica de la histeria masculina, sino que por medio de estos casos clínicos e historias de los pacientes se construye un estudio teórico de forma general acerca de la histeria masculina. Siendo él, quien permite conocer más de 90 casos clínicos de histeria en los hombres que dan lugar a estudiar la histeria masculina no solo como una posibilidad teórica, una rareza clínica o una abstracción de libros de texto, sino como un diagnóstico que proviene de la mujer y que además forma parte de la cotidianidad.

La motivación de Charcot para hacer estos estudios, se puede analizar en todo lo que tiene que ver con su ambiente personal, profesional, científico y cultural. Más aun con la creencia que él tenía de pensar que “...los hombres y los niños son susceptibles a las mismas enfermedades nerviosas funcionales como las mujeres” (Micale, 1990, p. 372). Sus inspiraciones teóricas que sirvieron de base para el estudio de los casos clínicos fueron el tratado de Briquet y las notas escritas a mano de Klein.

Para Charcot no resultó nada fácil realizar estos seguimientos de casos clínicos, ya que se volvieron controversiales no solo por el estudio de la histeria en los hombres, niños o pre – púberes sino también por la histeria en las mujeres. A medida que se iban presentando sus estudios y diagnósticos, la medicina sobre todo la de Alemania, Gran Bretaña y los Estados Unidos, durante los años de 1870 y 1880, comenzaron a establecer prácticas deplorables de cirugía que consistían en la mutilación de los órganos genitales, por creer que con eso se acabaría la patología, por ejemplo, las histerectomías, clitoridectomías y ovariectomías unilaterales y bilaterales, eran procedimientos quirúrgicos que tanto médicos

como cirujanos ginecológicos defendían. Charcot siempre se opuso a estas cirugías por creer que eran ineficaces y sádicas, dando a conocer que el estudio de la histeria masculina para él fue algo sobredeterminado, es decir era el resultado de una predisposición constitucional y de una pluralidad de acontecimientos traumáticos.

1.1.2. Estudios de la histeria masculina en las obras de Sigmund Freud.

Sigmund Freud, era un médico neurólogo austriaco, quien creció en una familia judía. Realizó algunas investigaciones con respecto a la neurofisiología y gracias a una beca cumplió uno de los sueños que él tenía, estudiar en París. Gracias a esto llega al Hospital de la *Salpêtrière* donde conoce a un personaje que será de vital importancia para sus supuestos teóricos en lo posterior: Martín Charcot; quien como mentor de Freud en París, tomó un rol importante en relación al trauma del cual Freud hablaba y al ser estudioso de la histeria, motivó a que uno de los primeros estudios que realizara Freud sea sobre la histeria en colaboración con Breuer (Chemama & Vandermersch, 2010e).

Comienzan sus estudios sobre la histeria en 1893, gracias al texto Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos, donde afirma que “el histérico padece de reminiscencias que son unos traumas psíquicos incompletamente abreaccionados” (Sáenz, 2015, p. 40). Es decir, las reminiscencias son traumas que vienen cargados con recuerdos imprecisos de un acontecimiento o una imagen del pasado que viene a la memoria. Por otro lado, Charcot también realizó estudios sobre el trauma, afirmando, que el caso de los traumas psíquicos son también traumas corporales que van a tener un lugar en las parálisis de las histéricas (Sáenz, 2015).

Freud en 1886 postula un trabajo de investigación titulado Observación de un caso severo de hemiastenia en un varón histérico, confirmando que los síntomas que presenta el paciente, Augusto P., son a causa de un trauma basado en un acontecimiento que tuvo con su hermano. El enfermo presentaba una hemiastenia del lado izquierdo sin dolor, ardor, ni picazón, del mismo modo no tenía movilidad ni sensibilidad sino era por medio de la vista. Aunque sus síntomas eran únicamente en el lado izquierdo, el lado derecho no se estaba libre de presentar anestias. Otro síntoma por el cual pudo Freud corroborar su diagnóstico era el de “*polyopia monocularis*” (Freud, 1886/1966, p.30), la cual era característica de los

históricos clínicos y su particularidad radicaba en que una persona podía recibir varios estímulos de un mismo objeto. Por esta razón se lo diagnostica como un paciente histérico de tipo clínico ya que sus síntomas se podían observar.

Freud presenta otro caso en su tomo XIX denominado, Una neurosis demoníaca en el siglo XVII (1923/1992), el cual habla de Christoph Haizmann un pintor que presenta una historia clínica demonológica. Este caso llegó a Freud a través del interés del "...doctor Payer Thurn, director de la ex *Fideikommissbibliothek* Imperial de Viena" (Freud, 1923/1992b, p. 75). Entendiéndose que ahora es la actual Biblioteca Nacional de Austria, de este modo se conoce el caso por ser "...un manuscrito proveniente del santuario de Mariazell, donde se informaba con detalle sobre una redención milagrosa, por la gracia de la Virgen María, de un pacto con el Diablo" (p. 75).

Freud comenzó a estudiar este caso dando como resultado que el pacto que hizo el pintor con el Diablo era para que este, es decir el diablo, sea el papá en reemplazo del padre fallecido. Lo particular del caso es que en las obras de arte que el pintor retrata se observa a "...un perro negro ladrando contra el burgués que en la serie de ocho cuadros consagrados a la histeria de posesión, figura como la primera representación del diablo" (Bruno, 1986) y en la segunda de las representaciones se ve al diablo con pechos que lo feminiza. A través de estas representaciones, Bruno (1986) teoriza que, "...la transformación del duelo en melancolía indica que este amor por el padre enmascara el odio por el padre desarrollado en el complejo de Edipo". Entendiéndose que en el Complejo de Edipo ocurrió una inversión de este, tomando Haizmann al padre como objeto, a partir de "...la transformación de duelo en melancolía".

Por lo que se habla de una caracterización de la histeria masculina en este caso a partir de "...la intensidad sobredeterminada del odio por el padre en el complejo de Edipo" (Bruno, 1986). El odio al padre hace que no se tome en cuenta la castración de parte de lo masculino, ni del lado femenino, ya que al realizar su segunda representación del pacto, viene a "castrar" al padre sin tomar una posición en cuanto al sexo. Al feminizar la imagen se toma una posición activa frente a la figura femenina, por lo que se vincula con la Virgen María, pero esto no es todo lo que hace decisivo su pacto, sino el encuentro con la pareja en la iglesia de St. Etienne, donde él se ubica como objeto de amor de un sujeto deseando estar "bien vestido", pero este suceso hace que Haizman fracase y decida no continuar con el trato hostil hacia el padre, reprimiendo su odio (Bruno, 1986).

Otro caso que Freud habla sobre una histeria en el hombre, es en el de Dostoyevski y el parricidio, en el tomo XXI (1928/1992). Este caso se caracteriza porque el enfermo presenta unos síntomas histéricos, como es epilepsia, además de una pulsión destructiva por el masoquismo y sentimiento de culpa. Freud en su texto llega a determinar que esta epilepsia es afectiva por ser la "...expresión de la vida anímica misma" (Freud, 1928/1992, p.179).

Dostoyevski en su juventud, presentaba deseos de muerte, direccionados a un dormir letárgico. Su hermana señala que tenía temor de dormir por miedo a caer en un "...estado de muerte aparente" (p. 180). Este temor a la muerte da cuenta de un llamado que el sujeto hace a una persona muerta, a una que ha fallecido recientemente o de la cual se desea la muerte. En este caso el sentimiento de culpa se relaciona con la actividad de la masturbación que tenía Dostoyevski, y el cual sale a flote por el superyó del sujeto, que está formado por la ley del padre en el complejo de Edipo. Por lo que, similar al caso de Haizman, él deseaba la muerte de su padre. Al desear la muerte de su progenitor da cuenta de un amor ambivalente, a lo que Freud (1928/1992) escribe:

La relación del muchacho con el padre es, como nosotros decimos, ambivalente. Junto al odio, que querría eliminar al padre como rival, ha estado presente por lo común cierto grado de ternura. Ambas actitudes se conjugan en la identificación-padre; uno querría estar en el lugar del padre porque lo admira (le gustaría ser como él) y porque quiere eliminarlo. Ahora bien, todo este desarrollo tropieza con un poderoso obstáculo. En cierto momento el niño comprende que el intento de eliminar al padre como rival sería castigado por él mediante la castración. Por angustia de castración, vale decir, en interés de la conservación de su virilidad, resigna entonces el deseo de poseer a la madre y de eliminar al padre. Y es este deseo, en la medida en que se conserva en lo inconsciente, el que forma la base del sentimiento de culpa (p. 181).

De este modo se entiende que lo mismo sucedía con Haizman. Pero Freud continúa explicando estos procesos que ocurren únicamente con los hombres, ya que aquí la bisexualidad también forma parte en algunos casos de la vida anímica de ellos:

Amenazada la virilidad por la castración, se vigorizará en tal caso la inclinación a buscar escapatoria por el lado de la feminidad, a ponerse más bien en el lugar de la madre y adoptar su papel de objeto de amor ante el padre. Sólo que la angustia de castración imposibilita

también esta solución. Uno comprende que sería preciso admitir la castración si quisiera ser amado por el padre como una mujer. Así caen bajo la represión ambas mociones, odio al padre y enamoramiento de él. Hay una cierta diferencia psicológica, consistente en que el odio al padre es resignado a consecuencia de la angustia frente a un peligro exterior (la castración); en cambio, el enamoramiento del padre es tratado como un peligro pulsional interior, que, empero, se remonta en el fondo también a idéntico peligro exterior (Freud, 1928/1992, p. 181).

De esta manera se entiende que existe una inversión del complejo de Edipo en los hombres histéricos, notando una gran diferencia con las niñas, ya que en ellas no existe un odio al padre, sino que al contrario aquí se da un amor por el padre posteriormente del Edipo. En el niño este odio normalmente se va olvidando a medida que pasa el tiempo y van creciendo, pero cuando permanece es porque se ha producido una represión de esta identificación con el padre. El histérico se diferencia del obsesivo en que en vez de identificar al padre como muerto como un significante de amor, el histérico se identifica con el padre muerto en "...el retorno de lo reprimido que impone el síntoma histérico" (Bruno, 1986).

1.1.3. Estudios de la histeria masculina en las obras de Jacques Lacan.

Jacques-Marie Emile Lacan es uno de los psicoanalistas que hicieron una relectura de los escritos de Freud, agregando algo nuevo a su teoría. Para el último Lacan, los conceptos freudianos aparecen totalmente cambiados, dejando una teoría abierta para quien continúe con sus estudios (Torres, 2014). Fue un médico y psicoanalista francés, el cual hace su entrada en el psicoanálisis después de lo que Freud postula como la segunda tópica en su teoría. Lacan ingresa con su teoría del *je* y *moi*, totalmente diferente de lo que dice Freud. Para Lacan, *moi* es la imagen que se construye a través del semejante, siendo esta también la imagen que es devuelta por el espejo. Por otro lado, el *je* se forma cuando la imagen del sujeto ya se encuentra constituida, es decir existe la identificación primordial, esto es después del estadio del espejo (Chemama & Vandermersch, 2010).

Al inicio de las obras Lacan muestra una postura estructuralista en cuanto a la histeria, proponiendo dos conceptos principales para este tipo de neurosis, que son falo y el Nombre del Padre. Después Lacan estudiará la posición histérica caracterizada por,

Una pregunta que se relaciona justamente con los dos polos significantes de lo masculino y lo femenino. El histérico la formula con todo su ser: ¿cómo se puede ser varón o se puede ser hembra? Esto implica, efectivamente, que el histérico tiene de todos modos la referencia. La pregunta es aquello en lo cual se introduce y se conserva toda la estructura del histérico, con su identificación fundamental al individuo del sexo opuesto al suyo a través de la cual interroga a su propio sexo (Lacan, 1956/2009, p. 358).

Además, habla de Sócrates como un sujeto histérico ya que demanda de los otros el saber haciéndoles “dar vergüenza”, ya que él goza a través de esto porque no conoce de su goce, “...no sabe que la verdad es hermana del goce. Así tenemos en el lugar de la verdad al objeto *a* que es el plus de goce” (Torres, 2014, p. 105).

Lacan también hace referencia al don juanismo en la clase 24 titulada De Juan el fetiche al Leonardo del espejo que se encuentra en el Seminario 4 sobre la relación de objeto (1957/2008). Lacan menciona a Juanito como un niño que tuvo una relación edípica atípica por la identificación con la madre después de lo que pasó la crisis resuelta de la fobia. Por esta relación atípica no logra simbolizar su pene tomándolo solo como algo que está en su cuerpo; “lo que se produce únicamente le permite integrar su masculinidad por el mecanismo de la formación de la identificación con el falo materno” (p. 419), esto da lugar a la formación del ideal del yo, que viene a ser en realidad el ideal materno.

El padre no se encuentra por lo que Juanito hace a él mismo, fantasmáticamente, su ceremonia de iniciación, poniéndose desnudo, como si esperara el acercamiento, en esa pequeña vagoneta donde deberá velar toda una noche, como un joven caballero, y después, gracias a algunas monedas entregadas al conductor del tren, ya tenemos a Juanito circulando en el gran circuito. El asunto está resuelto, Juanito no será sino un caballero, un caballero más o menos cubierto por el régimen de las seguridades sociales, pero un caballero al fin y al cabo – y no tendrá padre (Lacan, 1957/2008, p. 420).

Pero algo interesante es que Juanito si llega a tener padre, pero llega retrasado y ahí su padre se convierte en otra madre, y Juanito se convertirá en un hombre, que a través de su imaginación logrará satisfacerse por completo.

Lacan da esta clase para hacer referencia a los diferentes movimientos que tienen los hombres y mujeres en la época post freudiana, a estos nuevos movimientos también los llama nuevas virilidades, diciendo del donjuanismo que es Don Juan, quien “ama a las mujeres, (...) las ama lo bastante como para saber, dado el caso, no decírselo, y que las ama lo bastante como para que cuando se lo dice, ellas le crean” (Lacan, 1957/2008, p. 422), pero en la búsqueda de su objeto se encuentra con una mujer fálica, todo por su problema de bisexualidad. El problema de bisexualidad es dado porque el padre de Don Juan se encuentra no castrado, y todo su deseo es femenino.

El fantasma de Don Juan, de allí que sea un fantasma femenino es el anhelo en la mujer de una imagen que juega su función, función fantasmática; hay un hombre que lo tiene primero, lo cual evidentemente, dada la experiencia, es un claro desconocimiento de la realidad; pero todavía mucho más: él lo tiene siempre, no puede perderlo. Lo que precisamente implica la posición de Don Juan en el fantasma, es que ninguna mujer puede arrebatárselo, he aquí lo esencial. Es lo que él tiene en común con la mujer, a quien, por supuesto, no puede serle arrebatado porque no lo tiene (Lacan, 1963/2007, p. 219).

Así con Lacan se puede relacionar al donjuanismo con el movimiento que tiene el histérico masculino con su castración y la relación con sus objetos.

1.1.4. Estudios de la histeria masculina en autores del psicoanálisis contemporáneo.

La histeria masculina después de haber tenido un largo recorrido de análisis y estudio se determina como esa búsqueda constante de la mirada de la madre, donde tanto el histérico como la histérica se relacionan por hacer la misma pregunta sobre cómo ser un hombre o una mujer.

Por otro lado, se dice que el histérico masculino viene a ser representante de una hipermasculinización por parecerse a “Don Juan”, por actuar seductoramente con las mujeres, o encontrarse en una posición pasiva como un “hijo de mamá”, temeroso por las mujeres. Presentan además alteración en cuanto a su genitalidad, disfunciones eréctiles,

eyaculación precoz, entre otros. Además, de fracasos amorosos y una relación particular con las mujeres (Perales, 2011).

En cuanto a la sexualidad, también se pueden encontrar hombres que reducen su ámbito sexual a permanentes juegos pre genitales, que hacen que cuando llegan al acto coital se encuentren con un displacer incesante. En la clínica comúnmente se encuentran hombres con impotencias parciales o totales de su miembro, consultando por una angustia que tengan escondiéndose aquí la cuestión del deseo. Moscone, (1988) propone que:

El histérico no es totalmente heterosexual porque piensa desde el lugar de una mujer que quiso ser hombre. No es homosexual porque lo atrae el cuerpo femenino. No es totalmente potente porque desexualiza el cuerpo de la mujer. No es totalmente impotente aunque haya transformado a la mujer en un ídolo porque, encontrará la sexualidad en otra mujer (p. 169).

Por otro lado, Stéphane Thibierge dice que la posición del hombre actual frente a su amo S1, hace que nada lo intimide, nada lo asuste, sin ninguna característica femenina, "...inclusive si viene a ocupar el lugar de Otro con respecto al S1 nada lo intimida porque el hombre es él" (Thibierge, s.f., p. 40). De esta manera el niño o varón histérico no le teme a nada, es decir, a nada con respecto al significante paterno y el significante amo S1. Su dificultad se encuentra en la necesidad de buscar y ser reconocido por la madre y su mirada, ya que "...él fue ubicado por su madre en la posición donde él rechaza la referencia paterna, la castración" (Thibierge, s.f., p. 42).

Así también Landmann nos aclara que el histérico rechaza el reconocimiento simbólico del padre y prefiere el reconocimiento imaginario de la madre. Para Landmann el reconocimiento simbólico que viene del padre está desde el principio destinado para él, pero el sujeto al preferir el imaginario materno, escoge "el reconocimiento a través de la mirada de la madre, eso es más fácil de ser soportado por un varón – niño puesto que la madre y el hijo no se encuentran en una rivalidad especular" (p. 43). Además, en cuanto a la castración también afirma que hay una diferencia entre la histeria masculina y la psicosis, diciendo: "en la histeria masculina hubo castración y es por opción o por necesidad que esta castración es rechazada; el sujeto viene a ocupar el lugar del Otro, mientras que en la psicosis él es precipitado allí" (Landmann, s.f., p. 46).

Por otro lado, Melman en su libro sobre Nuevos estudios sobre la histeria (1988), habla sobre la histeria masculina y dice que el ideal histérico:

(...) Consiste en llevar hasta sus consecuencias más extremas la facultad de sustitución pero se detiene frente a su realización; choca de modo inesperado con el poder de la nominación, de la elección, de lo arbitrario, noción eminentemente reaccionaria ya que es indiferente a la cualidad de la persona en la medida en que privilegia sólo su aptitud para la procreación (p. 211).

Y aquí discrepa con la parte real del cuerpo, aclarando que es el único lugar donde el padre no va a poder tener alguna alternativa para operar.

De modo que, continuando con Melman (1988), este autor se hace una pregunta bastante interesante y dice: “¿Por qué algunos hombres se inclinan por la opción, histérica esta vez, de venir a instalarse en la posición femenina?” (p. 212) respondiendo que:

Del mismo modo en que la niña puede elegir hacer de hombre por amor al padre e identificación con sus representantes, es por odio a él y a su figura por lo que el niño puede rechazar la identificación y venir al mismo tiempo a ocupar el lugar del Otro (...) Es una forma elegante, por un cortocircuito en el intercambio, de hacer de su propio cuerpo el cuerpo del goce; el histérico masculino, por definición, solo fornicó consigo mismo (p.212).

En otras palabras, el histérico solo da valor a lo que es su persona y sus deseos, por esto una de sus características es que es un seductor empedernido, una persona encantadora, ya que la necesidad de hacerse valer y reconocer lo llevan a tomar estas medidas para encubrir el objeto *a*, instrumento que lo ayuda a atraer a las mujeres. “Quiere seducir como mujer, a una mujer, sin imposición ni violencia (...) al histérico masculino le interesa hacerse reconocer por una mujer como una imagen de esta última, por fin realizada, lograda, acabada” (pp. 212-213).

Y es aquí donde Melman encuentra una similitud del histérico con la histérica. La histérica se pone en posición de realizar su virilidad como muchacho de su padre y el

histórico “se presenta como una niña que habría tenido éxito en el enfrentamiento con su madre” (Melman, 1988, p. 213)

1.2. Características del histórico masculino.

El histórico masculino es el sujeto por estructura neurótico, que según Freud va a tener traumas psíquicos infantiles que radican en el odio al padre. El niño siente este odio cuando está atravesando por el Complejo de Edipo; es un odio sobredeterminado caracterizado por síntomas histéricos como sentimiento de culpa y reacciones masoquistas, que a pesar de no aprobar la presencia del padre buscan su interés y admiración, aunque este va cargado de deseos por eliminarlo. Es un amor al padre del tipo ambivalente.

Una pregunta que siempre estará presente en él, será sobre el cómo ser hombre o mujer. Esta pregunta que sale del discurso del sujeto según Lacan, va a estructurar al histórico, ya que cuando está atravesando el complejo de Edipo su identificación será con la madre para él ubicarse como el objeto de amor del padre. Después al ver que no puede ser el objeto de amor del padre, se va a identificar con él a través de aquello que un día fue reprimido y ahora retorna. Por lo que será la madre quien lo posicione en este lugar de amor – odio con el padre.

El amor – odio del histórico hará que no le tema a nada, que las figuras de autoridad sean objetadas por él, haciendo que aquellas figuras que sean posicionadas frente al histórico como autoridad sean echas de menos y a través del discurso logre que se borre cualquier disimetría que haya entre ellos. La autoridad para el histórico será algo que él rechaza, pero que a la vez busca, a través de la mirada de la madre (Landmann, s.f.; Thibierge, s.f.).

El posicionamiento frente al Otro, es el que permite la estructuración del sujeto histórico ya que por medio de la mirada de la madre el sujeto se estructura, en cuanto al ser – tener. Esta mirada es característica de la madre del histórico y es la que en una primera instancia en los comienzos del tiempo del Edipo al pasar por el estadio del espejo¹, le va a

¹ Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo imago (Lacan, 1936/2009, p. 100).

permitir al sujeto integrarse y formar una imagen de sí mismo. La mirada del Otro que aprueba y reconoce al histérico es del lado de las mujeres, él busca que ellas sean quienes le digan cómo se es mujer, certificando que lo que está haciendo es lo mejor. Él las posiciona bajo el significante Amo, siendo ellas las que tienen el lugar de la queja y el histérico quien las hace sentir bien

El buscar hacerse reconocer por el lado de la madre va ligado además a la presencia del falo en el cuerpo del histérico, este falo se encuentra como objeto cifrado y objeto de deseo por la madre. Es un reconocimiento del tipo fálico, además de reconocimiento imaginario por el lado materno, ya que el reconocimiento simbólico por parte del padre es rechazado.

Por último, en el caso de la alteridad, la relación del histérico con el otro es de camaradería y confianza, siendo una relación fraternal, a diferencia de la relación con las mujeres donde ellas ocupan el lugar de la autoridad, a pesar de que ellos también se quejen de ellas. Esta queja del histérico es una queja de tipo agresiva retorcida frente a la imagen femenina. Es una queja basada en la lógica de la teatralidad, que es común de la histeria masculina. La teatralidad es la que busca la mirada del Otro, mirada donde la escena es montada. Esta es típicamente femenina, porque el histérico busca únicamente posicionarse como la “criatura única y fuera de concurso” para ser parte de lo que será la comunidad femenina. He aquí que el histérico masculino se encuentra siempre en el vaivén de lo masculino y femenino, masculino con los hombres y femenino con las mujeres.

1.3. Edipo y Castración

El complejo de Edipo en un inicio fue propuesto por Freud, en relación a la tragedia de Sófocles “Edipo Rey”, donde Edipo “...es la arrogancia narcisista de quien supone un saber (la respuesta al enigma de la esfinge) y sobre el final y a través de la verdad, se enfrenta a la castración” (Vega, 2015, p. 2). Freud definió al complejo de Edipo como uno de los fenómenos centrales de mayor importancia para la primera infancia. Además de decir que de 3 a 5 años ocurre este proceso. El enamoramiento del niño por sus progenitores hace que sienta dos tipos de sentimientos, uno positivo por la atracción que tiene por el progenitor del

sexo opuesto, pero hay también uno negativo por el odio que se crea por el progenitor del mismo sexo.

Algo importante que Freud aclara es que:

El complejo de Edipo es vivenciado de manera enteramente individual por la mayoría de los humanos, pero es también un fenómeno determinado por la herencia, dispuesto por ella, que tiene que desvanecerse de acuerdo con el programa cuando se inicia la fase evolutiva siguiente (Freud, 1924/1992, p. 182).

En la conferencia 33 hace un anudamiento entre el complejo de Edipo y de castración, siendo también este momento el que da lugar a la internalización de la ley y la posición femenina o masculina que el sujeto adopte en relación con el otro sexo. Así mismo, es la que sepulta la inhibición sexual, para ingresar a la etapa de latencia, donde después se volverá a reeditar este amor por sus figuras primordiales en la búsqueda de su objeto de amor que viene acompañado de su etapa genital (Freud, 1933/1991).

Al inicio de todo este fenómeno, el niño atribuye a todos los seres humanos un pene, incluso a las mujeres. El pene se convierte en la zona erógena rectora por lo que el niño tiene una alta estima de esta, además de que a través de ella también goza. El gozo se da por la manipulación del pene lo que produce excitación y esto hace que al ver los adultos, ya sea sus padres o personas encargadas, lo amenacen con contárselo, no por tocárselo con “la mano pecaminosa” sino por no tener buenos hábitos de limpieza, además de que al recordar los genitales de la mujer los concibe como mutilados (Freud, 1924/1992). De esta manera el niño se aferra a la creencia de que todos tienen pene, hasta que la abandona él mismo tras haber pasado por serias luchas internas. Algunos de los varones al ver que la mujer no tiene pene, llegan a rechazarla y a tener un odio particular por el sexo opuesto. A diferencia de la niña, al ver ella que el varón tiene pene, lo que hace es reconocerlo y envidiarlo, deseando al final ser un varoncito (Freud, 1924/1992).

El niño pasa por la castración cuando al considerar a su madre su objeto de amor, quiere darle como agradecimiento un hijo a ella, pero al darse cuenta que puede tener un hermanito y la madre le va a quitar todo el amor que le ha dado al niño para darle al nuevo integrante, comienza a sentir odio por los demás. Existe el caso donde el niño se da cuenta

que hay un sujeto aparte que roba el amor de la madre, siendo este el padre. Por tal razón el niño o la niña siente odio por su progenitor del sexo opuesto, como se mencionó anteriormente.

El varoncito tiene dos opciones en el complejo de Edipo, la cual puede ser pasiva o activa.

Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, a raíz de lo cual el padre fue sentido pronto como un obstáculo; o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedó sobrando (Freud, 1924/1992, p. 184).

Ahora bien, al aceptar el niño la falta de pene en la niña, acepta también la posibilidad de la castración.

Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales (...) Las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación. La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó, que toma prestada del padre su severidad, perpetúa la prohibición del incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto. Las aspiraciones libidinosas pertenecientes al complejo de Edipo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo cual probablemente acontezca con toda trasposición en identificación, y en parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas. El proceso en su conjunto salvó una vez a los genitales, alejó de ellos el peligro de la pérdida, y además los paralizó, canceló su función. Con ese proceso se inicia el período de latencia, que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño” (p. 184).

Al contrario de Freud, para Lacan la etapa del complejo de Edipo viene a ser una etapa estructural del sujeto porque asume su propia falta y su propio límite y ya no solo nombra al padre-madre-niño, sino que ingresa aquí también el falo, como el significante que articula y circula por medio de la relación que tengan entre los elementos.

Aparecen dos funciones del falo: primero, como falo que circula, siendo este el simbólico, y segundo, como falo imaginario que es el que aparece en el primer tiempo del

Edipo. Para Lacan todo este proceso se da a través del lenguaje en el registro simbólico en un tiempo lógico, más no cronológico.

Por otro lado, para Freud al ser un mito viene a darse en el ámbito de lo simbólico, siendo algo no natural, sino cultural, como la entrada del significante al cuerpo. Para él, el complejo de Edipo se trataba del deseo de la madre, el falo, entendiéndose como ausencia del pene, o como el sinsentido del deseo, identificándose aquí el niño con lo que le falta a la madre (falo), es decir, el objeto de deseo del Otro (madre) (Vega, 2015).

Los tiempos del Edipo en Lacan comienzan con el primer tiempo en el estadio del espejo, donde el niño se ve reflejado a través de los ojos de la madre, identificándose el niño con la madre creyéndose ser el falo (imaginario), el objeto de deseo de la misma. Aquí la madre se encuentra completa, no hay falta y es La mujer por medio de su hijo que es el falo. La madre dicta la ley en esta etapa, pero es una ley arbitraria donde el padre se encuentra velado por la madre.

En el segundo tiempo, ingresa el padre a través de la madre caracterizándose por ser un padre privador, que priva a la madre de su hijo en esta relación imaginaria. El niño deja de ser el falo y da cuenta de otros modos de saber hacer en la vida, se desarrolla una subjetividad, además de una rivalidad con su padre por separarlo de su madre, dejando de ser su objeto de deseo. Por este motivo existe una castración simbólica y el padre se manifiesta a través del discurso de la madre, sosteniendo la ley. La madre da cuenta de otros objetos a su alrededor, siendo uno de ellos el padre.

En el tercer tiempo, es donde se da la salida del complejo de Edipo y la madre acepta que está en falta. Ahora el padre porta el falo y cumple con una ley exterior:

La salida del Edipo se produce favorablemente si el niño se identifica con el padre (de quien deriva el ideal del yo) y el niño pasa de ser (el falo de la madre) a tener. Este paso del registro del ser al del tener es lo que da cuenta de la instauración de la metáfora paterna y de la presencia de la represión originaria. La instauración de la metáfora del Nombre del Padre posibilita al niño el acceso al lenguaje, al orden simbólico (Vega, 2015, p. 8).

Así pues, en el caso de los histéricos según Moscone (1988), la madre no cumple totalmente con su función de madre, lo que hace que el niño busque otros objetos maternos que sustituyan la función de la madre como nanas, abuelas, tías, entre otras. Además se refiere a la madre como una figura agresiva causante de miedo en el niño, y ligando a la parte principal del complejo de Edipo en el niño a la figura del padre débil o ineficaz (Perales, 2011).

Por otro lado, Gabbard (2002), refiere que en cuanto a la histeria del varón se observa una búsqueda constante del padre en la crianza por ser este una figura ausente o no disponible para el niño, además de privación materna, señalando que el niño:

Puede modelarse a partir de su madre y desarrollar una identidad pasiva, afeminada o en la ausencia de un rol masculino verdadero, puede imitar varios estereotipos culturales de hipermasculinidad para huir de cualquier ansiedad acerca del afeminamiento o contra-actuar su tendencia regresiva a ser como su madre (p. 574).

De esta manera, el histérico siempre está negando su castración para hacerse imprescindible del Otro, haciéndosele imposible al sujeto liquidar el complejo de Edipo, encontrándose en una ansiedad constante por evitar la castración y buscando ser el instrumento de la mirada materna.

1.3.1. Posicionamiento del histérico frente a la castración.

La castración según Roland Chemama es: “la renuncia a ser el falo, pero también implica además renunciar a tenerlo, es decir, a pretenderse su amo” (Chemama & Vandermersch, 2010a, p. 53). En el caso de la neurosis, se da la represión de algo que ya ha sido conocido por el mundo psíquico del sujeto, es decir, “el sujeto sustrae la investidura de la representación inconciliable (la castración) y la empuja hacia el inconsciente” (Castaño & Salazar, 2012, p. 139). Además, en la neurosis se busca negar la castración, por lo que en el sujeto histérico, al ser neurótico por naturaleza está negando su castración siempre, evita que lo descubran en la falta posicionándose como el objeto de deseo frente al amo S1.

Como se mencionó anteriormente, el histérico va en busca de la mirada de la madre ya que ella lo puso en esta posición de rechazar al padre, es decir rechaza su castración, rechaza este reconocimiento simbólico que viene del padre. En cuanto al reconocimiento que prefiere va a ser un reconocimiento del tipo fálico, “quiere decir que así usted esté de un lado como del otro, usted es amado, es aceptado” (Landmann, s.f., p. 43). Además este reconocimiento fálico se encuentra dentro de la “vertiente del ser, es decir el lugar de la alteridad, de lo real, lugar que por regla general ocupan las mujeres” (p. 44).

Por esta razón se toma a Lacan, quien dice que la castración se da por medio de lo simbólico del lenguaje y va a ser esta misma la que permita ver como el histérico hace frente a la castración. El histérico niega a la castración y busca un amo al cual le pida el saber. Se lo pide a través del discurso y por medio de este se lo hace producir, además de que ingresa como objeto que obtura la falta del Otro.

Así, el histérico al tomar la posición femenina se relaciona con el discurso de la histérica que es particular porque “el S tachado se dirige al S1, al amo, amenazándolo, arrinconándolo, denunciándolo, preguntándole, obstaculizándolo” (Torres, 2014, p. 105). Este S1 funciona como Otro, al cual el agente de este discurso que es el S tachado le obliga a él a producir un saber, pero no se da cuenta que existe un S2 que está en falta, que está castrado. Algo más que no sabe el histérico es sobre su goce, ese goce que viene a funcionar como hermana del saber, por lo que se encuentra en el lugar de la verdad como objeto a, *plus de goce* (Torres, 2014). Así el discurso de la histérica refleja cómo es la forma en que el sujeto histérico se dirige a los otros en el mundo, y es a través de este que se entiende la forma de actuar frente a los demás y más frente al analista.

$$\text{Discurso de la histérica}$$

$$\frac{g \rightarrow}{a} \quad \frac{S_1}{S_2}$$

En el caso de su forma de ser con el analista, el sujeto histérico es bastante confrontativo ya que lo relaciona con una figura de autoridad como lo hace con el padre, rechazando en el discurso al significante Amo

1.4. ¿Cómo goza el histérico?

El goce según el psicoanálisis freudiano y lacaniano se entiende como “el hecho mismo de que nuestro deseo está constituido por nuestra relación con las palabras (...) El goce concierne al deseo, y más precisamente al deseo inconsciente” (Chemama & Vandermersch, 2010f, p. 291). Se encuentra prohibido para los sujetos, más claro, para los dos sexos porque todo sujeto es un subordinado de la Ley, “de su significante, del Falo obliterador de la Cosa y representado por el nombre del Padre que abre el camino a la articulación de las demandas que ciernen al indecible e inalcanzable objeto de deseo” (Braunstein, 2006, p. 130).

Con Lacan a través de las fórmulas de la sexuación se pueden encontrar distintas maneras de gozar, tanto del lado masculino como del femenino. Del lado masculino se da un goce del tipo fálico, a diferencia del femenino que es un goce Otro. Aquí se encuentra una diferencia entre lo activo del lado del hombre y lo pasivo del lado de la mujer. Pero no siempre es esta una regla, por ser la mujer no – toda no es ley que nunca vaya a gozar del goce fálico. El goce fálico es aquel goce que es efecto de la castración, se encuentra ligado a la palabra y es también llamado goce lenguajero, se encuentra separado del goce del ser y del goce del Otro (Braunstein, 2006).

En cuanto a los goces corporales, el goce del ser es totalmente lo contrario del goce fálico, este se pierde por la castración, de hecho, es anterior a la significación fálica; es mítico y está ligado a la Cosa. Por otro lado, el goce del Otro va más allá de la castración, este es el goce femenino característico por ser sublime e inexplicable. Del lado del goce femenino, la mujer tiene un goce adicional, “suplementario respecto a lo que designa como goce de la función fálica” (Lacan, 1972/1992, p. 89). Tiene además otro goce del cuerpo, un goce que va más allá del falo. Y también un goce de ella misma, el cual solo ella conoce (Lacan, 1972/1992).

El caso de la histeria, el goce se va a ir inventando a la par con el analista. Es decir, a la histérica el goce se le escapa “y solo podría ser fijado sobre la base de ser reconocido para atraparlo en el Otro, otro que debe ser construido, esculpido y defendido a toda costa” (Braunstein, 2006, p. 219). Este Otro viene a ser parte de un goce ilimitado, de algo que ella intenta sostener a pesar de las desmentidas. Intentará colmar siempre al Otro, se hará parte

de su deseo y después de hacer se quejará amargamente por haber sido tratada como un objeto.

De esta manera se dividen cuatro tipos de ser de las histéricas. Primero, la que se queja y su goce corre a través del discurso que es el alma bella; la segunda, la bella indiferencia, aquella que nunca está satisfecha, pero si encuentra la calma en la angustia del Otro; la tercera belleza, la de la bella durmiente, aquella que no actúa según su deseo, sino que espera sin agitarse; y por último, la cuarta belleza que se opone totalmente a su *alter ego* y aparece por medio del encuentro con un verdugo, donde la queja se da sin cesar. Las tres primeras cuentan con un goce “que procede no del masoquismo sino del fantasma que acompaña al sufrimiento y es el de relatar ese sufrimiento ante un oído comprensivo” (Braunstein, 2006, p 223).

Por otro lado, se encuentra el goce de la privación característico de la histeria y que se define como “un modo de tratamiento del goce fálico bajo la forma de exceptuarse de él” (Berger, 2004), es decir, se trata de un plus en la sustracción del goce fálico, que opera bajo la dimensión de Otro como un sacrificio. Sacrificio que es realizado por la histérica en nombre del amor. De esta manera para sostener el deseo, el cual siempre será insatisfecho, se priva de gozar. Así este goce de privación va a ser el antecedente del goce suplementario, el cual es ilimitado pero no infinito.

Por último, el sujeto histérico goza a través de la privación del objeto deseado, goza además a través de su discurso, del relato, ya que siempre busca alguien que lo escuche. En el caso del hombre, al rehusarse del goce, que es este goce fálico, va a sucumbir en trastornos de inhibición de la genitalidad ya sea por eyaculación precoz o impotencia sexual, entre otros. Ya que al estar en la constante angustia de develar su falta, se preocupará por ser un “buen chico” (Braunstein, 2006, p. 240). Este goce está prohibido, y a través de la palabra se reprimen todas las significaciones sexuales, y si se las admiten es únicamente por medio del chiste.

1.5. Deseo del histérico.

El deseo del histérico se ve ligado al deseo del Otro. El histérico desea lo que desea el Otro. En el caso de las mujeres histéricas, tomando como ejemplo a Dora, las mujeres

desean a la Señora K, no por eso va a tener una relación homosexual, sino que desean aquella mujer que tenía el hombre de deseo que era el Sr. K para Dora, o el deseo por la amiga flaca en el caso de la Bella Carnicera (Torres, 2014).

En el caso de la histeria masculina este sentido del deseo se invierte ya que se opta por la pasividad, por el “darse a desear”, poniéndose defensas frente al goce del Otro, es decir el Otro sexo (mujer). Braunstein (2006), afirma que “él se figura que ella querría su castración y se protege de ella con un síntoma que es de no dar su falta” (p. 240).

Así pues, se entiende además que si no satisface el hombre su deseo, y se mantiene en la insatisfacción es porque al ser niño “...no logró articular su deseo a la ley simbólica que autoriza una cierta realización de él” (Chemama & Vandermersch, 2010b, p. 140), y como se mencionó anteriormente, en la etapa del complejo de Edipo, el histérico se encontraba con un padre ausente y con una figura parental muy débil.

1.6. Fantasma del histérico.

El fantasma para Freud, era un concepto que se valía como una representación preconsciente o inconsciente de uno o varios protagonistas que van a la escena disfrazada de un deseo que tiene el sujeto. Para Lacan en cambio, es representado por un matema², donde se representa “...la relación particular de un sujeto del inconsciente, barrado e irreductiblemente dividido por su entrada en el universo de los significantes, con el objeto pequeño a que constituye la causa inconsciente de su deseo” (Chemama & Vandermersch, 2010d, p. 248).

Existen varias formas de representación en el caso del sujeto histérico por medio de los fantasmas, ya que no existe uno específico sino que hay tantos, como sujetos en el mundo. Por lo que en el caso de los sujetos histéricos, existen cuatro tipos de bellezas mencionadas con anterioridad y descritas por Braunstein (2006), donde encontramos el alma bella, la bella indiferencia, la bella durmiente y el *alter ego* representado por la bestia. Los tres primeros son fantasmas que acompañan el sufrimiento del sujeto y se basan en el relato del mismo

² Una escritura de tipo algebraico que explica de manera formal la teoría psicoanalítica

dirigido a un oído que se encuentre dispuesto a escuchar y comprender, identificándose con el sujeto histérico en el reclamo y la compasión.

En el caso del hombre histérico se lo relaciona a la bestia, siendo la mujer, la bella que soporta el comportamiento vil de la bestia, humillándola y pareciendo un fantasma masoquista. Pero entre el fantasma humillante de la bella histérica y el de la bestia del histérico se encuentra una complementariedad y complicidad, donde la histérica se pone como “víctima”, destacándose el fantasma del sujeto histérico donde este “... No busca en el otro el objeto de su fantasma sino más bien el Otro absoluto, mientras se identifica con el objeto del fantasma del otro y de manera oculta con la falta del falo” (Chemama & Vandermersch, 2010d, p. 251).

Por lo tanto Braunstein (2006) afirma:

La histérica no podría sostener su discurso sino es hallando la complicidad de alguien que asuma el lugar del Otro sin tachadura al que ella se dirige, alguien que se coloque como el sujeto que hace de ella el objeto *a* de su fantasma y que esté dispuesto a conferirle el lugar de complemento indispensable que ella reclama (p. 241).

Así, la relación del fantasma del sujeto histérico estará orientado a la posición subjetiva de cada uno según las fórmulas de la sexuación.

$$\begin{array}{ccc} a & \diamond & A \\ \hline & & (-\varphi) \end{array}$$

En cuanto a la fórmula del fantasma histérico, Lutereau, (2014) describe:

En el lado izquierdo de la fórmula, por un lado, se destaca la identificación de la histérica con el objeto de amor que le sirve de soporte de su deseo. Por eso Lacan afirma que la histérica está en la escena por “procuración”. Su interés en el objeto de su deseo está subtendido por la segunda parte de la fórmula, es decir, por un lado, aquello a lo que apunta. Dicho de otro modo, el objeto de deseo tiene valor como signo de lo que vela, el deseo que apunta a la feminidad. En ese lugar del Otro absoluto, entonces, bien podría situarse al falo

simbólico, cuyo valor radica en no aparecer sino en ser la presencia real de un deseo enigmático (p. 42).

Es decir, en la histeria el pequeño objeto a , que es la causa de deseo se encuentra del lado del sujeto, del lado izquierdo y el Otro del lado del objeto, lado derecho. A , es la representación del amo y φ , al encontrarse del lado del sujeto está tomando como propia la castración imaginaria que está realmente ocultada por el sujeto. En otras palabras:

En la fórmula del fantasma histérico el a oculta a la castración imaginaria, produciéndose como su metáfora en relación con un Otro sin barrar, un amo sobre el que pueda reinar. El sujeto histérico se excluye como objeto, siendo su posición más bien el interés por el quién encarna el objeto de goce del Otro (Thompson, Frydman, & Lombardi, 2008, p. 133).

2. CAPITULO II. Falo y masculinidad.

Masculinidad, según la Real Academia Española, se define como “cualidad de masculino”, entendiéndose como masculino a todo lo que es “Perteneiente o relativo al varón” o también, todo lo que es “Propio del varón o que posee características atribuidas a él”, así mismo ha sido relacionada con términos como hombría o virilidad (Real Académiá Española, 2017).

A lo largo de la historia, la masculinidad se la ha tomado como referencia del modo de ser o actuar de los varones, niños y adultos; través de comportamientos o roles que provienen del mundo social. Se hace referencia a los hombres como masculinos cuando demuestran valentía, virilidad, fuerza, seguridad, violencia o como aquellos que reprimen la emocionalidad y afectividad. La presión social que esto demuestra es bastante fuerte porque demanda la utilización de estos modelos de comportamiento, produciendo discriminación e injusticia hacia las mujeres. Además, de un mayor esfuerzo por parte de los hombres de mostrar su masculinidad, por temor o miedo basado en la amenaza de castración³.

En la actualidad, los hombres no se caracterizan (en su mayoría) por la valentía, virilidad, fuerza, seguridad, violencia, la postura del “Macho Alfa” o el “Don Juan”. Ya no tienen un valor representativo, ahora se observa a través de un no saber hacer con la figura del hombre ya que las mujeres se han empoderado de las debilidades de ellos para ellas sobresalir. Se visualiza la caída del Nombre del Padre⁴ por lo que se han encontrado otro tipo de virilidades.

Las nuevas virilidades se caracterizan por la forma de ser de los hombres, ya que en estos tiempos son ellos los que están más preocupados por la casa, que por su posición económica, es decir, ahora la importancia de los hombres radica en tener una familia y algo estable, así como también se encuentran los hombres que prefieren no tener un compromiso a través de un significante sino solo estar “unido” gracias a un vínculo junto a una persona. Por otro lado, existen hombres que quieren “solo disfrutar”, y no se sienten seguros con ninguna otra mujer, que no sea su madre.

³ Teoría que según Freud proviene desde las edades tempranas cuando aún se mantiene la triada madre – niño – falo

⁴ Significante que hace referencia a la identificación del sujeto con el padre

Dado el caso se proponen las siguientes preguntas ¿qué pasó? ¿Qué llevó a que los hombres ahora no tengan una forma de ser y comportarse, es decir, qué llevo a que no tengan o no demuestren una estabilidad sobre todo en la parte social, afectiva – emocional?

Se realizaron investigaciones donde se determinó, que una de las razones de este cambio la tienen las mujeres. Todo empezó hace poco menos de medio siglo, cuando una revolución de mujeres dieron lugar a lo que podían y querían hacer, provocando un sentimiento de inestabilidad en los hombres. Las mujeres comenzaron a exigir sus deberes y derechos y lo que estaba establecido para los ellos se perdió. Un solo significante era el que sostenía toda esa estructura, llamándose, Nombre del Padre (Melman, 2005).

El significante Nombre del Padre fue el que recibió todas las consecuencias; es el significante que hace de ley y permite tener algo establecido. Aquella ley permite una limitación y más que nada una falta que da lugar a que el deseo tenga valor en la psiquis. Por otro lado, el que el Nombre del padre se haya dejado a un lado ha hecho que exista una falta de estabilidad para los hombres llevándolos a un “no saber hacer” con el falo, siendo así que lo que se pone en juego es la virilidad ya que la identificación con el Padre falta, pero no es que falta del todo, sino que está ahí y es rechazada, es decir, la castración por parte del padre no logra cumplir su función, y más aún al ser una neurosis, esta va a ser negada (Melman, 2005).

De esta manera, ahora las mujeres son quienes mantienen los hogares y los hombres quienes se quedan bajo el cuidado de la casa. Este accionar es dado de forma contingente para ellos porque son sus nuevas forma de manifestarse. La “caja de la masculinidad” que estaba determinada para que un hombre sea agresivo, violento, autoritario, etc. ya no entra en vigencia en este siglo. Ahora las mujeres son quienes llevan a los hombres a la cama, son ellas las que los invitan a salir y quienes ahora pagan la cuenta del restaurante, las mujeres en este tiempo han empezado a pelear por la igualdad con el género masculino, lo que hace que empiecen con un cambio que obligue a los hombres a empezar a hacer. Pero hay un problema, porque “no saben hacer con él”.

2.1. Problemática fálica.

Una de las problemáticas más importantes en la actualidad es la caída del Nombre del Padre. Ya no entra en vigencia la ley proveniente de la ley de castración, ahora solo es regido por el goce y los implementos creados para la satisfacción del deseo del sujeto.

El Nombre del Padre es el significante que simboliza al padre, no solo al padre biológico o que se encuentra en la realidad del sujeto, sino que se habla del padre simbólico aquel que se ubica como una metáfora que sustituye otro significante, el materno. Se posiciona como figura o función que es reconocida por el niño, este mismo castra a la madre en el Edipo, es decir, es el que permite la interdicción del sujeto con su primer objeto de amor que es la madre. Este padre viene a estar velado en el primer tiempo del Edipo, cuando la madre se encuentra en estado de completud imaginaria con su hijo, el cual apenas nace es ella quien sabe lo que necesita posicionándose aquí el niño como el objeto de deseo de la madre, es decir, el falo. El niño, además de desear los cuidados y protección de la madre, desea su deseo presentándose como el objeto de deseo de su madre, él sabe lo que ella desea, él está sometido a la ley de ella, una ley en su totalidad incontrolable estando el padre velado por el discurso de la madre (Loray, 2016).

En el segundo tiempo del Edipo “se inaugura la simbolización” (Loray, 2016, p. 18), este padre va a aparecer como función que castra a la madre, y prohíbe el incesto

Se introduce, más allá de la ley materna, un tercer elemento que interviene como palabra interdictora: es la ley del padre, que no interviene con su presencia sino con su palabra. El Nombre del Padre indica al niño que el deseo de la madre tiene relación con la ley del padre. La prohibición del incesto funciona para la madre como interdicción de reintegrar su producto, y para el niño separándolo de su identificación con el objeto del deseo materno. La madre pasa de ser un Otro absoluto a ser un Otro tachado lo que implica la castración del Otro - castración de la madre tal como lo denomina Freud y Lacan retoma- y el niño es incluido en un orden simbólico (Loray, 2016, p. 18).

En el tercer tiempo del Edipo corresponde a la declinación del mismo, es decir, el niño pasa de ser el falo a tenerlo. El padre aquí se encuentra revelado, es aquel que permite una salida favorable del Edipo, siendo aquí el significante del Nombre del Padre el que viene a sustituir a la madre en lo simbólico, instituyéndose una ley normativa para el niño e

inscribiéndose el deseo. Este deseo que se va a basar en la búsqueda de ese objeto primordial que le fue interdicto.

Así pues, el Nombre del Padre en la masculinidad permite que los hombres se identifiquen con su figura paterna, construyendo el Ideal del Yo, al cual Lacan llamaba como “la instancia de la personalidad cuya función en el plano simbólico es regular la estructura imaginaria del yo (moi), las identificaciones y conflictos que rigen sus relaciones con sus semejantes” (Chemama & Vandermersch, 2010g, p. 209).

Por lo tanto, al decir que en la problemática de la masculinidad actual existe caída del Nombre del Padre, se afirma que la ley ya no entra en vigencia para los hombres de este tiempo, es decir, el significante materno procura dar todo a sus hijos, junto con un significante paterno débil o ausente que hace que el deseo necesite ser satisfecho, que sea un goce sin límites. Freud hablaba de goces orificiales, siendo así que en la actualidad se fabrican cualquier tipo de objetos que permiten satisfacer estos goces a través de los orificios, más que nada los visuales y auditivos. Melman (2005) dice “son goces fabricados, artificiales, que forman parte de los productos de la nueva economía psíquica” (p. 34).

De esta manera si se toma en cuenta al falo en la histeria masculina, este se encuentra relegado en el sujeto a partir de la castración, donde el padre no logró cumplir con la inscripción simbólica de la Ley, y es ahora el sujeto quien la acepta únicamente de forma imaginaria. Él cree que tiene el falo, y se va a sentir el objeto de deseo del Otro. Él sabe lo que desea el Otro, a tal punto que lo hace suyo.

2.1.1. El falo en Freud.

El falo, como se mencionó anteriormente, es el “símbolo de la libido para los dos sexos” (Chemama & Vandermersch, 2010c, p. 152). Freud en sus primeros escritos sobre la organización sexual, habla del pene como aquel órgano masculino que es amenazado con la castración en los niños y envidiado por las niñas. Este órgano, es tan relevante como para convertirse en el significante fálico que organiza la sexualidad en los niños y niñas, siendo importante para la libido.

Al inicio de sus obras, Freud presenta tres ensayos sobre la teoría sexual. El segundo ensayo, escrito en 1905, es el de mayor interés, ya que nos enseña sobre las etapas de la sexualidad infantil, en el que nombra en primer lugar al pene, como el órgano masculino principal en las personas y preponderante sobre las niñas. Aquí el clítoris viene a ver un “sustituto del pene” (Freud, 1905/1992, p. 178).

A lo largo de los años y haciendo varias correcciones a sus obras, Freud en 1923 habla no solo de la importancia de un órgano sexual, sino de un primado del falo, de ser este un representante fálico que actúa según su dimensión de representancia. Los niños piensan que todas las personas del mundo poseen pene, o que ya les va a crecer, pero “en el curso de estas indagaciones el niño llega a descubrir que el pene no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él” (Freud, 1923/1992a, p. 147) piensa que lo tienen las personas que son “despreciables del sexo femenino (...) pero las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene” (p. 148).

En 1908, cuando escribe sobre las teorías de la sexualidad infantil, afirma que los niños se interrogan sobre la concepción preguntándose, “¿de dónde viene los hijos?” (Freud, 1908/1992, p. 190) proponiendo que los niños toman desconfianza de los adultos, y atribuyen “a todos los seres humanos, aún a las mujeres, un pene” (p. 192), y especifica:

El pene es ya en la infancia la zona erógena rectora, el principal objeto sexual autoerótico, y es lógico que la alta estima de que goza se refleje en la incapacidad para representarse sin ese esencial ingrediente a una personalidad parecida al yo (Freud, 1908/1992, p. 192).

Aquí los niños se relacionan con las niñas a modo de consuelo diciendo: “Ella tiene... pero todavía es chiquito; claro es que cuando ella sea más grande le crecerá” (Freud, 1908/1992, p. 192). Entra en un tipo de amor por su órgano donde lo empieza a explorar por medio de roces o toques con sus manos, comienza a frotarlo y a sentir placer:

El niño gobernado en lo principal por la excitación del pene ha solido procurarse placer estimulándolo con la mano; sus padres o las personas encargadas; de su guarda lo han pillado, y lo aterrorizaron con la amenaza de que le sería cortado el miembro. El efecto de esta amenaza de castración es, en su típico nexos con la estima que se tiene por esta parte del cuerpo, superlativa y extraordinariamente profundo y duradero (...) Los genitales de la

mujer, percibidos luego y concebidos como mutilados, recuerdan aquella amenaza y por eso despiertan en el homosexual horror en vez de placer (Freud, 1908/1992, p. 193).

De esta manera la niña pequeña siente aprecio por su hermanito porque tiene el órgano masculino que sobresale. Tanto así, que empieza a presentar interés en la forma de ser de él, pero a la vez tiene sentimientos negativos que pasan a ser comandados por la envidia, “se siente perjudicada, hace intentos de orinar en la postura posibilitada al varón por la posesión del pene grande, y cuando exterioriza el deseo: «Preferiría ser un muchacho»” (Freud, 1908/1992, p. 194).

Por consiguiente, el niño “habiendo sido narcisizado y narsicizando su pene, libidinizándolo por el encause de las pulsiones sexuales a él dirigidas lo ha separado imaginariamente de su cuerpo convirtiéndolo en un representante: el falo, el cual temerá le sea arrebatado” (Aguirre, 2016, p. 43). Este temor de que el pene falte se intensifica al momento de saber que la madre no tiene pene.

El falo viene a ser ese representante de la libido, principalmente en la fase fálica aquella de la que proviene la primacía del falo, el complejo de castración y el complejo de Edipo. Chemama (2010c), por otro lado define al complejo de Edipo como: “1) Conjunto de los investimentos amorosos y hostiles que el niño hace sobre los padres durante la fase fálica. 2) Proceso que debe conducir a la desaparición de estos investimentos y a su remplazo por identificaciones” (p. 119). De modo que la etapa fálica tiene una relación estrecha con el complejo de Edipo. Edipo es una estructura y el falo es lo que articula sus elementos y hace circularlos. Los niños invisten libidinalmente a la madre convirtiéndola en su objeto de amor primordial, es ella el único ser que tiene dirigidas todas las pulsiones del niño, hasta el momento donde la Ley toma parte a través de la prohibición del incesto.

Aquí el niño va a retirar la investidura libidinal para identificarse con aquel que se la ha impuesto, con la esperanza de que algún día recupere aquello que estando aún en brazos de su madre, perdió.

El niño se somete a la Ley por el influjo de la amenaza de castración y con ello reprime y transforma las pulsiones sexuales dirigidas a la madre reemplazándolas por mociones tiernas

y desexualizadas al mismo tiempo que, en otro movimiento, se identifica con el padre, es decir, aquel quien ha dictado la Ley (Aguirre, 2016, p.44).

En resumen, el falo en Freud permite el desarrollo psíquico de la sexualidad tanto en hombres como mujeres. Este concepto permite la diferenciación de los sexos, y procura definir al sujeto para la identificación con sus figuras primordiales y los procesos que tiene que pasar, llámese a uno de ellos complejo de Edipo.

2.1.2. El falo en Lacan.

Lacan después de hacer las lecturas de Freud, especialmente sobre el falo, llegó a un concepto que lo articuló a través de las leyes del lenguaje, para así entenderlo como un significante articulador de la estructura psíquica del sujeto similar a lo que Freud definió, pero con la diferencia de que en Lacan el concepto de falo es fundamental y principal para la teoría psicoanalítica, además de ser el significante de la falta.

El falo es un significante, un significante cuya función en la economía intrasubjetiva del análisis levanta quizás el velo que mantenía en los misterios. Pues es el significante destinado a designar en su conjunto los efectos de significado, en tanto el significante los condiciona por su presencia de significante (Chemama & Vandermersch, 2010c, p. 154).

De esta manera, Lacan (1984) ubica al falo en el punto más importante de la teoría psicoanalítica y hace de él, el objeto de la represión originaria freudiana, diciendo en su texto de Escritos 2 que: “El falo no puede desempeñar su papel si no es velado” (p. 672).

Lacan nombra al falo como un significante. Significante, en la teoría psicoanalítica de Lacan, es autónomo respecto de la significación y tiene como función el hecho de representar al sujeto y a la vez le ayuda para la determinación del mismo, siendo un concepto totalmente diferente a lo que Saussure propuso en su teoría del lenguaje. De esta manera, Lacan propone que el falo es un significante en su escrito La significación del falo en 1985.

Rabinovich (1995), nos aclara lo que dice Lacan del falo en su escrito, haciendo una relectura del mismo. Lacan dice que el falo “(...) es el significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante” (pp. 669-670). Entendiéndose a través de Rabinovich que primero y antes que nada es el significante destinado; para ser este significante destinado tiene que serlo porque alguien o algo lo destinaron, es decir, lo eligió particularmente. Este destino que se le da, nos permite tomar en cuenta la particularidad del significante que lo hace distinto de todos los demás. Luego, se lee que es el significante destinado a designar, palabra que puede entenderse como nominar, nombrar a alguien a algún cargo, tiene también el valor indicativo de señalar. Por lo tanto implica tres acciones: nominar, nombrar e indicar. Este verbo establece que el falo realiza estas tres acciones, y las realiza con respecto al conjunto de los efectos del significado (Aguirre, 2016).

En resumen, que el falo es el significante al que remiten todos los demás; es función organizadora del sujeto ausente de la cadena significante. En adición, el falo es el significante del deseo, ya que por medio de él se renuncia al goce de la madre y por medio de la castración se acepta la insatisfacción del deseo; por lo tanto el falo al ser el significante del deseo, se concluye que el deseo es sexual e insatisfecho (Aguirre, 2016).

2.1.2.1. *Falo simbólico e imaginario.*

Lo simbólico, término propuesto por Lacan para denominar a uno de los tres registros que forman el Nudo Borromeo. El mismo está compuesto por tres redondeles de hilo que al estar ligados vienen a dar lugar al funcionamiento psíquico de la persona, de modo que, si se llegara a cortar uno de ellos se desanudan los otros dos. Lacan lo dice en su seminario 22:

Sí, aquí me detengo para hacer un paréntesis destinado a mostrarles que el nudo no es fácil figurarlo; no digo *figurár-se-los*, porque en el asunto yo elimino completamente el sujeto que se lo figura, puesto que parto de la tesis de que el sujeto es lo que está determinado por la figura en cuestión, determinado: no, de ningún modo, que sería su doble, sino que es por los calces del nudo, por lo que en el nudo determina unos puntos triples por el hecho del apretamiento del nudo, que el sujeto se condiciona (Lacan, 1974, p. 4).

Específicamente, en el caso de lo simbólico Chemama (2010h), dice que comprende una “función latente y compleja que abarca toda la actividad humana (...) adhiere a la función del lenguaje y más especialmente, a la del significante” (p. 406). El falo es tomado como un significante; significante que se encuentra dentro del campo de lo simbólico, es decir, del símbolo.

El falo imaginario, es aquel objeto deseado por la madre, ese objeto sobre el cual recae la castración simbólica; es aquel que aparece una vez que el falo como órgano sexual, tras el riesgo de pérdida sea investido. De esta manera, Lacan escribirá las fórmulas de la sexuación y ubicará al falo imaginario como aquel que determina el posicionamiento del sujeto frente a su sexo.

La castración simbólica se encuentra operada por el padre real y el objeto. Este objeto es el centro de atención por ser el que tiene el falo imaginario, que viene a ser además, el objeto fálico. El objeto fálico es el que entra en juego con el niño para en esta etapa, ser el que lo tiene, el que es y el que se parece al mismo; de esta manera, en tanto falta, es el que debe ser descubierto por el niño para salir de la triada de niño – falo – madre, donde la madre se posiciona como madre fálica. El niño sale de esta triada a través de la castración y del complejo de Edipo, para así configurarse como un sujeto en falta, sujeto que ha sido sexuado y además sujeto del lenguaje.

El falo simbólico es aquel que viene a formar parte de la estructura del lenguaje, “ocupa un lugar en una serie de términos equivalentes” (Nasio, 1996, p. 48), es el fruto de la castración, después de haber pasado por el falo imaginario, el falo simbólico es simbólicamente intercambiado, y es aquel que:

“Se funde” con la función de corte; con la castración, realizada por la función paterna, es decir, la Ley. La Ley; la prohibición del incesto, es lo que da origen a la posibilidad de la pérdida de este falo que ha dejado de ser real, de ser el pene, y que viene a ser simbolizado al ser ubicado frente a esta misma posibilidad. La castración, el corte, es la operación que se da en el sujeto y que arranca de la batería significante el falo, destinándolo; como significante, a designar el conjunto de los efectos del significado (Aguirre, 2016, p. 5).

Por último, el falo es un significante que ha resultado del atravesar el sujeto la castración. Así pues, Lacan habla de él como aquel significante que reúne a los tres registros del nudo borromeo, real, simbólico e imaginario. Nasio aclara:

El mismo falo es, en tanto imaginario, el objeto al cual apunta la castración y, en tanto simbólico, el corte que opera la castración. La dificultad para despejar con claridad la teoría lacaniana del falo proviene justamente de estas múltiples funciones encarnadas por el falo. El pene real, por estar investido, sólo existe como falo imaginario; a su vez el falo imaginario, por ser intercambiable solo existe como falo simbólico; y finalmente el falo simbólico, por ser el significante del deseo, se confunde con la ley separadora de la castración (Nasio, 1996, p. 51).

Dentro del Nudo Borromeo, el falo ocupa el -1 ya que representa la falta en el Otro, aquella falta que viene a cortar ese puro real, goce infinito, ese deseo de la madre del cual el sujeto antes de la castración se encontraba preso. El significante que permite que todos estos cortes se realicen es el Nombre del Padre, pero el falo al ser el significante al cual se remiten todos los significantes, viene a ser el -1 porque designa la falta en el Otro (Aguirre, 2016).

Así el falo simbólico, Φ , se escribe diferente del falo imaginario, ϕ . Cuando esté como - ϕ , “se convierte en significante del deseo en tanto es la falta como consecuencia de la castración” (Aguirre, 2016, p. 7) y cuando se escriba Falo, Φ (-1), con mayúscula, se distingue como aquello imposible de negativizar, además de ser significante del goce. “Son, de cierta forma, uno y lo mismo. Es así puesto que es el significante impronunciable que toma el lugar del goce en lo real; de aquel momento de la tríada preedípica, instaurando la falta” (p. 7).

Con respecto a que el falo es el que reúne a todos los significantes y al ser el Nombre del Padre aquel que permite esta separación de la triada madre – niño – falo, viene a ser este Nombre del Padre la significación fálica, el articulador de la ley de castración.

De esta manera, se aclara que el falo es un significante mudo, Lacan lo caracterizó como aquello de lo que no sale ni una palabra, aquello que no se puede decir, ya que una vez que se diga ya *no será eso*. Lacan (1958/2002) además nos dice que “El falo es el significante privilegiado de esa marca en que la parte del logos se une al advenimiento del deseo” (p.

672). Cuando se habla de *logos* se debe entender no solo como lenguaje sino como también discurso, razón matemática o proporción. Entendiéndose de esta manera al falo como lenguaje, discurso, proporción matemática. Dado así, que al ser todo esto el falo se puede sustituir en la metáfora paterna como Nombre del Padre (Aguirre, 2016).

2.1.2.2. *Función fálica.*

La función fálica empieza su estudio a través de Lacan a partir del año 1971. El falo se perderá dentro de la función fálica como una necesidad lógica; necesidad que consiste en la insistencia de lo real, en el hecho de que ella comanda toda función de significancia, “haciendo de borde a lo Real” (Aguirre, 2016, p.18), haciendo referencia de lo Real a aquello que no se puede escribir, especialmente, aquello que “...ustedes encuentran justamente por no poder escribir cualquier cosa en matemáticas” (Lacan, 1971/2009, p.29). De esta manera se define la necesidad de escribir, no solo como redacción sino como “matemáticas, matemas, grafos y funciones (...) Solo por lo escrito, dice Lacan, se constituye la lógica” (Aguirre, 2016, p.18).

Es entre los años 1971 y 1973, en el que haciendo un recorrido por sus escritos, se llega al falo como función operante. En 1971 a través de su seminario de La carta robada, Lacan utiliza la carta como metáfora de la función fálica. El falo, como función fálica, Φ_x , opera en la estructuración del sujeto sexuado, ubicándolo en uno de los dos lugares distintos en donde va a estar en un encuentro con los distintos goces, ya sea, goce fálico o goce del Otro, dependiendo del lugar en el que se ubique (Aguirre, 2016).

Después de esto Lacan va a utilizar a los cuantificadores de Aristóteles, universales y particulares, para “la distribución de los goces y las posiciones sexuadas a las que pueden o no adscribirse los sujetos” (Aguirre, 2016, p.19).

Con la Φ_x como tal, haciendo un cambio, escribe la negación sobre los cuantores. Escribe la negación del cuantificador universal y del cuantificador existencial. Podría decirse que es el tercer pasaje que se puede demarcar: la negación de los cuantificadores anteriormente no contemplada que introduce dos tipos de negación. Desde este momento la función fálica no

es ya la única responsable, no es el principio y el fin que explicaría la posición sexuada del sujeto. El uso que tiene Lacan para negar los cuantificadores y su relación con la función fálica constituirán las fórmulas de la sexuación, es decir, las posiciones sexuadas del psicoanálisis lacaniano tal como lo conocemos ahora (...) Estas dos formas de negación son lo que resulta de la articulación de los cuantificadores con la función. La función es forclusiva en el caso del al-menos-uno y discordancial en el caso de no-toda (Aguirre, 2016, pp. 19-20).

Aguirre, cita a Lacan para mencionar las cuatro características de la función fálica mencionadas en la clase del 17 de febrero de 1971:

La función fálica, primero, es la función que vuelve insostenible la bipolaridad sexual. Luego, también, al volverla insostenible, volatiliza todo lo que de ella puede escribirse (...) En tercer lugar, esta Φx apunta hacia una relación con el goce y no solamente con el pene. Y, como cuarto elemento de esta función, este goce; un goce que se plantea constituyente de esta función constituyendo en ella es su condición de verdad (Aguirre, 2016, p. 17).

Así, esta diferencia en la relación sexual no se basa únicamente por los términos de macho y hembra, sino que va más allá según su naturaleza y función, en una lógica atributiva, llamados “el ser y el tener”.

La función fálica es la operadora principal en la castración. Cuando se encuentra Φx escrito solo, no significa nada, por lo que necesita de cuantificadores para que adquiera sentido en los sujetos; “... La ley de la prohibición del incesto es lo que se instaure por la operación del falo, y el modo en que cada cual se reconozca frente a ella será lo que determine la estructuración de su sexuación” (Aguirre, 2016, p. 17). El falo viene a ser lo que permite la simbolización de la castración en el sujeto, esto hace que marque una diferencia en el mundo de los sujetos en dos. La diferencia es dada por la mujer principalmente por ser ella no – toda. Braunstein dice algo muy interesante:

Ni las mujeres ni los hombres nacen como tales sino que llegan a serlo a partir de un acontecimiento inicial que es la atribución del sexo a un cacho de carne totalmente carente

de representaciones. El Otro profiere en el momento del nacimiento una palabra, ‘varón’ o ‘mujer’, que hará las veces de destino más allá de la anatomía si viene al caso. El corte, el corte de la castración, es administrado por la palabra que secciona, sexiona, a los cuerpos arrojándolos a la vida en una de las dos patrias irreconciliables y no complementarias de la especie (Braunstein, 2006, p. 140).

Así, Lacan toma de Frege el término de función, para utilizarlo en la función fálica como la que designa a la relación de cada ser hablante con el goce que llega a rozar con el lenguaje. De esta manera “el falo como función operante ubica al sujeto en relación con el goce de un modo u otro” (Aguirre, 2016, p. 21).

Así pues, Lacan escribe las fórmulas de la sexuación a fines de 1971, y Aguirre (2007) las especifica de esta manera:

Arriba a la izquierda: la excepción que confirma la regla; el al-menos-uno para quien no funciona la castración (Φx), el padre mítico, en Lacan: “Es lo que se llama Padre, y por eso el Padre existe como Dios, es decir, no mucho” (1972/2012, p. 35), para el resto aplica la regla; abajo a la izquierda, $\forall x \Phi x$. Arriba a la derecha: la no excepción que no deja de ser negada por el no-todo con respecto a Φx . De este lado, con esas dos escrituras contradictorias, unidas en la misma deixis, Lacan plantea un orden de individuos que escapan de toda colectivización que produciría su esencia [...]. De ahí surge la famosa frase ‘La mujer no existe’ (Le Gaufey, 2007, p. 120). Así, entre ambas deixis queda imposibilitada cualquier complementariedad, cualquier consistencia en el espejo, de tal modo que no se oponen en perfecta simetría sino que se obstaculizan y se sostienen recíprocamente (p. 23).

Así las fórmulas de la sexuación quedan escritas de la siguiente forma:

$$\begin{array}{cc} \overline{E}x & \overline{\Phi}x \\ \forall x & \Phi x \\ \overline{A}x & \overline{\Phi}x \end{array}$$

En el caso específico de los hombres, su estructura y posicionamiento se forman dentro del límite que funciona como borde. Es la excepción, el límite, lo que permite la serie de varones y de mujeres (Le Gaufey, 2007):

Es el al-menos-uno, lo que se lee en el lugar de la universal afirmativa (...), la excepción que confirma la regla que viene a ser la existencia (...). El hombre en su partenaire busca y cree haber encontrado lo que le faltaba: el objeto a. Para él, entonces, ella y las que le sigan son inevitablemente escurridizas (p. 24).

Concluyendo de esta manera en que la genialidad de Lacan al proponer las cuatro fórmulas de la sexuación permitieron anunciar y sostener la imposibilidad de la complementariedad. Se inscribe la falta, la falla, lo que impide la completud. Las fórmulas de la sexuación inscriben la diferencia entre los partenaires, diferencia que los hace obstáculo mutuo además de involucrar una posición sexuada más allá de la del cuerpo biológico (Lacan, 1972/2012).

2.2. Posicionamiento frente al otro.

La masculinidad en los hombres viene a ser determinada por las imposiciones sociales, muy aparte del desarrollo sexual biológico. Los hombres al encontrarse en una relación bisexual cuando son niños por ser amantes de las madres y rivales de los padres, llegan a tener muchas vicisitudes con respecto a qué se es y cómo se debe ser.

Silvia Bleichmar (2006) marca tres tiempos en la constitución sexualidad masculina:

- 1) Primer tiempo, donde se instaura la identidad de género sin carácter genital. En este tiempo se ofrece una identificación a través del otro. El niño identifica al yo propio con el del otro, “a través de un sistema de enunciados que marcan su posibilidad de inscripción en las redes libidinales del otro (...) en sentido estricto, será el sostén, núcleo yoico, de las identificaciones secundarias residuales en tiempos posteriores” (p. 28).

- 2) Segundo tiempo, donde se establece el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos. Aquí el niño se da cuenta de un atributo real, biológico que existe en su cuerpo pero que no es suficiente para la masculinidad genital y la potencial fálica, por lo que se dirige al pene hacia la investidura de potencia genital de parte de otro hombre, esto se da a través de dos formas diferentes. Una que sea “a través de un fantasma de incorporación del pene del adulto –estadísticamente del padre– la potencia que confirma la masculinidad y posibilita su ejercicio” (p. 30) o por medio de la mirada, “del valor del pene del cual es portador ‘el infantil sujeto’”.
- 3) Por último, un tercer tiempo en el cual se definen las llamadas “identificaciones secundarias que hacen a las instancias ideales. En el niño varón ya no se trata de ‘ser hombre’, sino de qué clase de hombre se deberá ser” esto hace que el niño se articule a las prohibiciones y mandatos que dan lugar a la conciencia moral y los ideales.

De esta manera la masculinidad se encuentra en un vaivén entre lo que dice el otro. Los hombres tienen que hacer un gran esfuerzo para no dejar de ser hombres. Se presentan ritos y ceremonias para hacer de un varón un hombre apto y potente. Pero todo por la preocupación por parte del padre o del otro para convalidar no solo la sexualidad de su hijo sino la de él mismo. Por esta razón en varias culturas se realizan ritos que consisten en que los jóvenes prueben como llegar a “hacerse hombres”. Actualmente en nuestra cultura existen modos de “iniciación” no ritualizados pero sí frecuentes, como: “la visita inicial al prostíbulo, acompañado de un tío joven o de un hermano mayor” (Bleichmar, 2006, p. 43), siendo más común en las culturas latinoamericanas.

Estos procesos son tan importantes y populares, ya que para el imaginario social, la llamada “debilidad” o el “desvío” sexual de un hijo varón lleva a una burla marcada sobre el padre, para esto Bleichmar aclara:

La maledicencia sobre el padre, el cual de algún modo siente que ha fallado en la transmisión de la masculinidad (...) permite que se exprese en su hijo su propia falla inconsciente, y revierte este reproche sobre la madre del hijo, acusándola de las supuestas fallas en su propia femineidad (2006, p. 44).

Por esto, la masculinidad es una condición que necesita de ayuda externa para desarrollarse, es decir, de un otro que certifique que se es viril, que posee una virilidad aceptable; los muchachos deben “hacerse hombres” y con esto acarrear el hecho de poder procrear, de tener todas las características físicas, psicológicas y temperamentales. Además de que dentro de los ideales masculinos se encuentre la homofobia y el rechazo (desprecio) hacia las mujeres.

Con respecto a lo que encontramos en la masculinidad se evidencia un intenso temor por “ser o parecer homosexuales”, que hace que los jóvenes se esfuercen más por demostrar su virilidad no únicamente a través del órgano sino también por medio del desempeño sexual. La simpleza de la anatomía del hombre hace que a diferencia de la mujer este tenga que sostener su masculinidad mediante un complejo camino lleno de pruebas “... Que instituyen no solo la comprobación sino fundamentalmente la adquisición de la virilidad” (Bleichmar, 2006, p. 75).

Se sabe a ciencia cierta que un niño antes de saber si es macho o hembra, se encuentra dentro de las etapas pre – masculinas o pre – femeninas, esta posición tiene un carácter bisexual. Después, a partir de la sexualidad que demanda el otro, se identifica varón o mujer. Cuando nace se busca nombrarlo con un nombre masculino y la vestimenta sea además, lo que lo determine como tal. La imposición del otro para que sea del sexo masculino se registrará en tiempos posteriores a través de los juegos populares de “niños” como es jugar con carros, pistolas, objetos de construcción, entre otros, que son juegos fálicos donde el poder se concentra en la fuerza que demandan los mismos. Además de la identificación que hace con su padre o el tercero que realice el corte.

El posicionamiento con el otro va más allá de lo que se puede ver, con respecto a lo antes mencionado, el varón en cuanto a su imagen física se caracteriza por vello facial, espalda ancha, músculos pronunciados, voz gruesa, entre otros. De la misma manera en cuanto a su aspecto físico el hecho de la vestimenta va ligado a colores de ropa opacos o poco llamativos. De esta misma manera, no se puede dejar a un lado lo que ahora se llama “masculinidad” en cuanto aspecto físico, con los hombres de barba pronunciada, “bien vestidos” y más que nada musculosos. Para esto se ha propuesto el nuevo término de “vigorexia” o también denominada por el DSM – V como dismorfia muscular, que es ese esfuerzo por parte de los hombres que presentan un trastorno de la imagen muscular de su cuerpo por conseguir un apariencia musculosa, que los lleva a practicar largas horas en el

levantamiento de pesas y cuidando estrictamente su dieta (Behar & Molinari, 2010). Por otro lado en cuanto a los aspectos psicológicos o de carácter, los hombres se identifican como sujetos agresivos, que tiene poder de decisión, siendo seres activos, líderes que pueden hacer sin problema frente a la necesidad del otro.

De esta manera también se caracterizaban (antes con mayor importancia), los trabajos que eran “dignos de un hombre” por ser ellos los que demostraban la potencia sexual de sus trabajadores. Trabajos como construcción, en maquinaria pesada, gerentes de empresas que hacían que dirijan a los demás, personas que sean líderes y quien guíe por el camino, “los hombres sabían cuál era, más que nada, el correcto”, abogados que tienen el conocimiento de la ley e ingenieros que tenían semblante de “poder controlar todo”, entre otros oficios.

Sin dejar a un lado la relación con la mujer, ese Otro sexo, es aquella que recuerda al hombre lo que fue la relación con su objeto primordial, y dependiendo de cómo haya sido su salida del complejo de Edipo es el trato que él le otorga a ella.

3. CAPÍTULO III. La histeria masculina en la actualidad en relación a la masculinidad y su problemática fálica.

La masculinidad es un tema bastante controversial en la actualidad. Es un tema que demanda muchas energías en los hombres por los nuevos desafíos que tienen frente a una sociedad machista. Aclarando de esta manera, que el machismo es esa demostración de falta de virilidad, que funciona como una pantalla para lo que está deficiente en el hombre; es esa identificación con la parte masculina que tiene una madre, hermana, etc. Por esta razón, los hombres se encuentran frente a desafíos personales que se enfocan en la demanda que tienen las mujeres hacia ellos, ya que ahora son ellas las que se posicionan frente a una lucha de poder por alcanzar una monosexualidad imaginaria impulsada por la sociedad actual.

Los cambios de las mujeres al tomar en cuenta con mayor ímpetu sus derechos en los últimos años, han hecho que la masculinidad cambie de forma. Los colores de ropa, los nuevos trabajos y oficios, las conductas, el físico y demás, han hecho que los hombres de ahora ya no solo se concentren en el trabajo como era la forma de actuar en el pasado. Hoy en día los hombres aparecen bien vestidos para parecer muy viriles. Antes los hombres tenían como meta u objetivo ir a trabajar y que la mujer se quede en casa cuidando del hogar. La demanda por parte de la sociedad actual, ha hecho que los hombres tengan que quedarse en casa cuidando de la casa y sean las mujeres quienes salen en busca de un mejor futuro para su familia.

Los hombres tienen nuevas metas como el de casarse, formar una familia, tener sus hijos y cuidarlos, así como tener una gama de profesiones de las cuales aprendan y pongan en práctica. Ya no es solo la medicina, ingeniería, leyes y deportes donde ellos enfocan su ámbito profesional, sino también en la gastronomía, enfermería, nutrición y demás. Identificadas estas como carreras de cuidado y donde ya no solo las mujeres se encuentran. El que las mujeres hayan ingresado a los campos de acción típicamente masculinos, hizo que los hombres cambien las máscaras y formas de actuar frente a la masculinidad.

Los hombres siempre han tenido que hacer un esfuerzo por mostrar al otro su masculinidad, pero qué pasa en la actualidad. Aquí nace la pregunta, ¿la masculinidad actual es histórica?, relacionándolo con lo que se demuestra en la sociedad; ¿cuándo el histórico aparece en la escena actual? ¿Qué hace que se vuelva histórico un hombre hoy en día? Y

sobre todo, la pregunta principal de la investigación que se busca responder en este tercer apartado es, ¿qué es lo que sucede en el histérico para que presente problemas fálicos?

3.1. Postura del histérico en la actualidad en relación a la masculinidad y su problemática fálica.

La histeria masculina es una estructura psíquica de los hombres que puede darse por la madre en el complejo de Edipo. Es decir, si se toma en cuenta el primer tiempo del Edipo, según Lacan, cuando la madre se encuentra velando al padre y aparece este únicamente a través del discurso de la madre, el niño se encuentra estructurándose a través de la mirada de la madre y los deseos de ella los está cumpliendo con su hijo. Aquí el niño se encuentra en la fase del estadio del espejo, entre seis y dieciocho meses, donde al reflejarse frente a un espejo podrá obtener una imagen instantánea de sí mismo que es el yo (*je*). Esta imagen es dada como una Gestalt, siendo así la función del estadio del espejo el "...establecer una relación del organismo con su realidad" (Lacan, 1936/2009, p. 102).

De esta manera, para el histérico este estadio es un punto clave en su estructuración, ya que al identificarse con el otro, "abdica y deja al otro la representación dominante. Y esta abdicación está determinada por coordenadas simbólicas las que establecen la división entre posiciones masculinas y femeninas e instituyen al mismo tiempo el lazo del heteros del Otro" (Melman, 1988, pp. 226-227).

Además, Melman (1988), dice en su texto:

Por razones atinentes a la diferencia de los sexos, pero *no solamente*, se alinean en este lado todos aquellos que no pueden invocar el reconocimiento simbólico de este padre-ahí, por una castración avalada: porque proceden de una línea genealógica diferente, por ejemplo, o porque como el histérico masculino rechazan la filiación (p. 227)

De este modo, algo característico del histérico es, cómo dijo Freud (1893/1992), aquel sujeto que presenta odio al padre en el complejo de Edipo, pero a la vez se coloca como el objeto de amor del mismo. Este odio que tiene el histérico por su padre es

sobredeterminado. Presenta admiración por su figura paterna, pero por el odio desea eliminarlo, la admiración va del lado del posicionamiento como objeto de amor y además la identificación que tiene por ser su figura masculina. Esta identificación es dada después del complejo de Edipo a través de aquello que retorna y fue reprimido en su tiempo.

Por este motivo la figura de la madre toma una importancia primordial. Aparte de ser el primer objeto de amor y aquella que en las primeras etapas velaba al padre, llega a ser ahora con quien el niño se identifica, y es por quien el niño busca siempre la aprobación. El odio sin medida hacia el padre, hace que el histérico busque siempre a la madre para que sea ella quien determine que lo que está haciendo su hijo es lo correcto o no, es aquella mirada que toma un puesto principal en la teatralidad del histérico, es aquella mirada que busca del Otro. Como decía Torres en su texto, en relación a Juanito, el niño hace una identificación con su madre, “porque él es el ideal de la madre, a saber un sustituto del falo” (Torres, 2014, p. 197), por esta razón el histérico se relaciona con el Don Juan, y se estructura a través del complejo de Edipo no por medio del padre, sino por medio del ideal materno. Por esta razón, la función simbólica del padre es rechazada y se prefiere la identificación imaginaria materna.

De esta manera, la figura de autoridad es siempre objetada por parte del histérico. La representación de la misma le recuerda siempre a su padre y trata de borrar esa disimetría en el discurso ya que busca estar al mismo nivel. Esta figura se vuelve insoportable para el histérico y es cuando no existen límites para el sujeto, o él mismo intenta negarlos. Así pues, en la actualidad los hombres no le temen a nada, en relación a la función del padre y en el caso del histérico al negar la figura de autoridad, rechaza a la vez, la figura del padre.

Así, en la dinámica que tiene con sus figuras primordiales, el histérico rechaza la inscripción por parte del padre, pero busca la aprobación por parte de alguien. Este alguien es la madre quien a través de su mirada hace posible esta aprobación. Aunque el histérico no solo se queda en este posicionamiento, sino que aparte de que su madre es quien lo reconoce a través de su mirada, necesita dirigirse hacia la figura paterna, aunque lo rechace (Thibierge, s.f.).

El histérico masculino encuentra su primacía fálica a través de un cifrado en su cuerpo, este lugar cifrado es aquel que llama la atención a la madre, y es el que el histérico expone a la madre por lo que hace dirigir la mirada siempre a este, el falo. El acercarse más

al lado materno y su mirada, hace que se distancie del lado paterno y pueda pertenecer allí. La madre es aquella quien a partir de la castración colocó en esta posición al sujeto. El histérico rechazará el reconocimiento simbólico que proviene del padre y preferirá el reconocimiento imaginario materno, siendo así un reconocimiento además de tipo fálico, reconocimiento del ser en el lugar de la alteridad.

Por otro lado, en cuanto al relacionamiento con el otro, el histérico llega a tener una relación de fraternidad, y a diferencia del Otro, el histérico lo coloca bajo el significante Amo. Aquí es cuando el histérico relaciona al Otro con la mirada materna, o con el sujeto del otro sexo a quien busca dar siempre el lugar a la queja para que ella se sienta bien. La mujer es quien lleva la figura de autoridad para el hombre, aunque después de todo, el también da queja de ser quien cumple con las cosas que ella desea, mostrándose una característica más del histérico que es este tipo de agresividad retorcida. Así, si lo relacionamos con el tipo de masculinidad de la actualidad, el histérico sería capaz de llegar a ser parte de este nuevo apartado.

En el caso de la masculinidad actual, como se mencionó anteriormente, todo empieza por el problema fálico que existe hoy en día. Lacan lo menciona en su Seminario 4 sobre la relación de objeto, cuando habla de Juanito como el hombre que tendrá una elección heterosexual con una masculinidad débil, además de que será el tipo de hombre que deje a la mujer tener la iniciativa (Lacan, 1957/2008). Torres lo amplía diciendo que ahora son las mujeres quienes toman la iniciativa, además de ser las nuevas patronas de hogar en la actualidad (Torres, 2014).

Este se caracteriza por la caída del Nombre del Padre, la cual es dada por una nueva economía psíquica. Como lo mencionó Melman en su obra *El hombre sin gravedad* (2005), en la actualidad tenemos una nueva economía psíquica que hace que haya “una nueva manera de pensar, de juzgar, de comer, de coger, de casarse o no, de vivir la familia, la patria, los ideales, de vivirse a uno mismo” (p. 15). Antes las formas de pensar y actuar de la actualidad eran vistas como una forma de rebelarse, pero en la actualidad, los sujetos “nos autorizamos nuestra propia existencia, constituimos nuestra propia área. Ya no es más un movimiento por oposición, es un movimiento que sigue su propio impulso” (p. 16).

De la misma manera, Melman en su texto *La autoridad desde el psicoanálisis* (2005), nos aclara que ahora la figura de autoridad no se la observa de forma tangible, es decir:

El lugar del amo ya no está ocupado por una figura encarnada, como siempre lo había sido en la historia, sino que –y esta es la gran sorpresa que someto a su reflexión– el lugar del amo, aquel que nos rige, que nos determina, que regula nuestra conducta, que organiza nuestra moral... está ahora ocupado por un objeto: el objeto de la satisfacción, el objeto del goce, aquél mismo que Marx denunciaba como un fetiche. Así no es absurdo decir, hoy en día, que lo que ahora ocupa el lugar del poder es un puro fetiche, que por ende no tiene ningún límite y que ejerce su poder sin restricción (pp. 216-217)

Para Melman, la nueva economía psíquica se caracteriza por ser “una economía organizada por la exhibición del goce” (Melman, 2005, p. 16). Antes se estaba bajo la represión y ahora es totalmente lo contrario. La caída del Nombre del Padre va ligado a que la ciencia mismo hizo posible esto, Dios dejó de tomar parte en la creación, apareciendo nuevos personajes a su paso que demarcaban ciertos límites, por ejemplo Marx en la política, Freud en la psicología y el complejo de Edipo, además de aquellos moralistas como Foucault y Barthes quienes proclamaron el derecho ya no solo a la felicidad sino al goce. Melman lo define como “*liquidación colectiva de la transferencia*” (p. 17), aquella transferencia que es dispuesta a utilizarse tanto a personas como a bloques de saber. De esta manera por medio de la caída del Nombre del Padre, ya no hay autoridades, referencias o saberes que se sostengan.

Relacionando de esta manera al histérico como el actor principal en esta jugada, el rechazo de la autoridad hace que sea el Nombre del Padre aquello que ya no tiene validez. Los límites se han borrado, ya no hay autoridad, ya no existe ese lugar donde el sujeto encontraba una división subjetiva, ya no hay ese significante, “¡No!”, esa barra que instaura el deseo a través del objeto *a*.

El objeto *a* ha perdido su encanto en la búsqueda incesante del mismo. Esta búsqueda era la que permitía que un sujeto se organice psíquicamente, pero en la actualidad, ya no hay ese límite, esa metaforización a través de la “Cosa”. La sociedad actual se ha encargado de fabricar objetos que saturan hasta el máximo los orificios corporales, orificios que son marcados a través de los sentidos, sobre todo, lo auditivo y visual. Hoy en día, existen todo tipo de sonidos que ya no solo se escuchan a través de los oídos, sino que también a través

del cuerpo. Los goces ahora se fabrican, se construyen a la medida del deseo (Melman, 2005).

Por otro lado, ya no solo prevalece el goce sexual, ya que para Freud el goce a través de los orificios corporales era un estadio pre – genital. Ahora el goce sexual queda hecho a un lado, ya que no marca una referencia directa para la satisfacción de los otros goces. Actualmente, los seres humanos buscan otro tipo de actividades que satisfacen los goces corporales como es el body-building, entre otros.

El padre ahora se encuentra desplazado, ya no cumple con su función y de una u otra manera la nueva economía psíquica permite que en la actualidad haya un progreso. Progreso que Melman define como “el haber comprendido que el cielo está vacío, que en el Otro no hay nadie y que no hay nada. Eso es un progreso...” (Melman, 2005, p. 39). En otras palabras, el hecho de que ya no haya un interés en el conocer que fue Dios el padre de la creación ni de dar importancia a los personajes de la filosofía, psicología, economía, ciencia, entre otros, ha hecho que los goces y deseos se dividan, haciendo que lo pasado, que se definía como ley, sea en la actualidad algo que ya no tiene vigencia y relevancia. Y en cuanto al Otro, no se debe confundir la afirmación que “en el Otro no hay nadie y que no hay nada” ya que el Otro sigue existiendo, sigue siendo aquel partenaire a pesar de que ya no haya a quien darle la autoridad.

Así pues, la actualidad se encuentra demarcada por el hecho de que los sujetos ahora son mucho más flexibles. En el caso de la masculinidad, el hecho de ahora en tener una nueva economía psíquica y de que las mujeres son aquellas quienes están posicionándose por encima de los hombres, ha hecho que ya no exista esa figura definida. Ahora el precio que se debe pagar va del lado de que los sujetos ya no tiene una figura estable, ya perdieron su casa, “su fijeza, pero también el lugar que le permitía soportar” (Melman, 2005, p. 42). El precio a pagar involucra al sujeto, al objeto y al yo.

Por lo demás Melman (2005) aclara:

Podemos perfectamente tener que ver hoy en día sujetos –y esto de una manera que aparece como fisiológica- no, como estábamos acostumbrados, definido, fijos de una vez por todas, incluso en los rasgos de carácter, paranoicos o lo que uno quiera, sino por el contrario con sujetos flexibles y perfectamente capaces de modificarse, de desplazarse, de cambiar, de emprender carreras o experiencias diversas (p. 42).

Y añade,

El sujeto perdió de esta manera el lugar donde podía hacer oposición, desde donde podía decir: “¡No! No quiero”, desde donde podía rebelarse: “Las condiciones que me proponen no son aceptables para mí, no las acepto”. A ese sujeto le falta en todo caso lo que era el lugar desde donde podía surgir la contradicción, el hecho de poder decir no (p. 42).

En el caso del yo, el de hecho de no tener un referente, hace que falte el reconocimiento y que el sujeto se encuentre expuesto, frágil a la depresión, lo que ahora comúnmente se encuentra en la clínica como estados depresivos diversos.

Encontrando así una relación bastante interesante del histérico con la forma de actuar en la actualidad. El hecho de tener una nueva economía psíquica en estos días ha permitido que los hombres tengan una nueva forma de hacer en el mundo. El hecho de que la autoridad quede desplazada hacia un lado y sean ahora todos los deseos resueltos llaman la atención hacia una forma bastante neurótica de la sociedad actual. El hecho de intentar negar la castración y rechazar la autoridad, se relaciona con los ahora también llamados millennials o la generación Y. Por ejemplo, esta generación abarca edades entre los 20 y 35 años, es una sociedad basada únicamente por el consumismo, Internet, celulares y medios sociales. Su forma de vida se dirige a la globalización de los mercados y a tener cada vez un mayor deseo de superación, obtienen más maestrías y logros, pero a la vez se encuentran con limitantes que los hacen regresar a la casa de sus padres por varias razones, siendo una de ellas la falta de empleo y situación económica (Salgado, 2016).

Ahora la juventud quiere ingresar al mundo de forma veloz ya que pueden hacer aquí lo que ellos desean o quieran, el hecho de encontrar el poder de satisfacer sus goces en libertad, de estar “llena de promesas de satisfacción, de goce, de fiestas, de participación... y nos dan, naturalmente, ganas de entrar” (Melman, 2005, p. 217).

Por esto, después de hacer un recorrido global, se encuentra un punto de interés entre lo que es la nueva economía psíquica en la sociedad actual, tomando como referencia a los millennials y lo que es el hombre histérico. Es un punto interesante ya que todo converge en lo que es la problemática fálica y lo que ahora el Nombre del Padre se ha “caído”. Como se mencionó anteriormente, ahora el padre dejó de marcar esa figura de autoridad, para ahora ser parte de la fiesta de los goces de la actualidad.

Así, si se toma únicamente el caso del histérico, que es él que se está trabajando en la investigación, se afirma que se constituye a través de su madre en la castración como aquel sujeto que odia a su padre y busca siempre la aprobación de su madre. Y en el caso de los sujetos actuales en tanto hombres, la masculinidad actual al no tener ese piso firme sobre el cual estar, va a ser el Otro el que lo estructure. Por este motivo el relacionamiento con el partenaire va a ser un hecho importante en su desarrollo tanto personal como social. Aquí la posición femenina debe dejar constancia de alguna falta para que el histérico manifieste la prolijidad de sus dones. Así gracias a la mirada de ella él puede finalmente amarse a sí mismo, aunque esta mirada nunca va a ser suficiente para él, aquí consistirá el hecho que nunca encontrará la elegida “porque le basta con cruzarse con ella e invitarla a comprobar que la elegida es él” (Melman, 1988, p. 231).

Por consiguiente, si se quieren responder las preguntas sobre: ¿la masculinidad actual es histérica? O ¿Cuándo el histérico aparece en la escena actual? Y ¿Qué hace que se vuelva histérico un hombre en la actualidad? Hace que se llegue a un punto en común que responde a las mismas; y es el hecho de la ahora llamada problemática fálica, no existen límites, no existe un padre, no hay deseo, todo queda resuelto, siempre va a existir un no – todo. Va a existir una falta que es la que intentará negar siempre el histérico, aquella falta que no quiere que el Otro le diga, porque él ya sabe, y sabe que él puede solventarla. De este modo, y a pesar de todo, el objeto que alguna vez fue la causa del deseo es el que se encuentra ahora en todos lados, en la globalización.

Así, la pregunta eje de la investigación sobre: ¿qué es lo que sucede en el histérico para que presente problemas fálicos, tomando en cuenta la lógica del real, simbólico e imaginario?, responde que en el caso del histérico, lo que hace que se estructure de esta manera o dentro de esta economía psíquica, es lo que pasó con el padre y su madre en la castración, el que la madre lo haya ubicado ahí hizo que el sujeto encuentre un viraje donde se vuelve a ser el objeto de amor del padre para que después tenga odio contra el mismo. Además, de que para que un sujeto sea histérico puede existir la posibilidad de tener un padre histérico, o un padre débil o ausente que no logre hacer una interdicción entre la madre y el niño, y esto de lugar a que el niño prefiera identificarse con el ideal materno (Torres, 2014).

En la actualidad lo que hace también que el sujeto sea histérico es el problema fálico de la caída del Nombre del padre en la sociedad, y esto afecta a la identificación del histérico con su padre, dando lugar que al mismo tiempo él presente problemas fálicos donde se

pregunte como es un hombre o una mujer, así como también la relación que va a tener con el Otro, como objeto que queda de la promesa que alguna vez le dio el padre, pero que el busca en la mirada de las mujeres, esa mirada del gran Otro, mirada de la madre.

En cuanto a lo simbólico el histérico va a ser quien rechace el reconocimiento del padre siendo su odio el que proviene del edicto del padre que es: 1) “no tendrás el objeto de tu deseo”; 2) “corre tras él”; 3) “corre siempre” (Melman, 1988, p. 229). Esto también puede transformarse en un amor al padre imaginario, aquel que reina fuera de la castración. Por otro lado, el histérico prefiere el reconocimiento imaginario de la madre. Este reconocimiento imaginario se liga a que él tiene el falo cifrado en su cuerpo por lo que siempre está llamando la atención de la mirada de su madre. El reconocimiento del lado del histérico masculino a través de su madre siempre va a ser un reconocimiento del tipo fálico, reconocimiento del ser en el lugar de la alteridad (Thibierge, s.f.). Por otro lado en cuestión de lo real, para el histérico es imposible la inscripción en esta lógica, ya que es imposible no simbolizar, dando el lugar, de ser el caso, lleno de angustia.

Si hablamos del Padre...

El padre es aquel significante primero, el S1, el significante Amo, el lugar de aquello que hace autoridad. Su función es la de privar al niño de su madre, y así, introducirlo a las leyes del intercambio. Al privarlo al niño no tendrá el objeto querido, mas tendrá después un *semblant* del mismo (Melman, 2005).

En la neurosis, el padre es aquel que castra al niño, aquel que representa la ley que el niño va a negar. Para la histeria masculina, el padre es un factor importante ya que va a ser aquí donde el sujeto va a comenzar con rechazo a la ley. El odio que tiene el niño por el padre lo llevará a enamorarse de él, convirtiéndose en el objeto de amor. Aquí después de haber pasado el Edipo el histérico se identificará con el padre a través de aquello que fue reprimido en su tiempo y va a retornar después. Va a sentir admiración por el padre, y a la vez deseos de eliminarlo.

El histérico a partir del odio que siente por su padre va a hacer que rechace a las figuras de autoridad, intentando, como se mencionó anteriormente, objetarlas. Al momento

de objetarlas, se posicionará frente a algo que no le teme. El histérico no le teme a nada y esta seguridad es lo que lo llevará a no tener límites. Aunque, a pesar de no temerle a nada, tiene la necesidad de dirigirse hacia la gerencia paterna que tenga, a pesar de que la rechace.

De la misma manera, existen casos donde el padre mismo es el que no permite el reconocimiento simbólico al hijo por ser también él, un histérico.

Por lo cual, en la actualidad el padre está solo, ya no tiene más autoridad, no tiene más función de referencia, se encuentra solo y todo lo invita a dejar de un lado esta función e ingresar solo en la fiesta. “La figura paterna se tornó anacrónica” (Melman, 2005, p. 37).

Por esta razón, para concluir Melman en su texto *Un padre, ¿para qué?* (2004), nos cuenta cómo los padres están en peligro de extinción diciendo en un párrafo:

Vaya pregunta. Ya que bien sabemos lo que hace un padre. En el mejor de los casos, se ocupa discretamente de la madre, de manera que ella no ande de muy mal humor. Cuando se puede. Pero él mismo puede preguntarse "¿para qué?". Tiene que romperse para criar una familia que, a menudo, no le paga sino con ingratitud, lo trata incluso como a un estorbo. Dejemos entonces el punto de vista utilitarista para considerar tan sólo la función, la cual prescinde de la autorización de los agentes. La función del padre, entonces, es el privar al niño de su madre, introduciéndolo así a las leyes del intercambio; en lugar del objeto querido, tendrá que arreglárselas más tarde con un *semblant*. Es esta operación la que prepara al niño para la vida social y para el intercambio generalizado que la constituye: que se trate de amor, pues, o de trabajo. Es esta quien le da la ambición de ser un "ganador" reparando el daño que ha sufrido. A menos que se repliegue en el dolo, sin reconocer que este le ha introducido al deseo, y que llegue con la colectividad a denunciar el abuso del que habría sido víctima. Si usted se encuentra con un padre, protéjalo ya que la especie está en vías de extinción.

CONCLUSIONES.

La investigación y estudio realizado ha llegado a conclusiones interesantes para el ámbito teórico psicoanalítico, permitiendo seguir con él en la clínica terapéutica ya que da puntos específicos que ayudan a entender mejor a la histeria masculina, así como también a las nuevas estructuras psíquicas y las formas de comportarse de los hombres en la actualidad.

Por tal razón se concluye que:

- La histeria masculina es una de las teorías con mayor antigüedad del psicoanálisis. El primer caso que se encontró de la misma fue en el siglo XVII, pero teóricamente se la comenzó a trabajar con Freud en el siglo XIX, para que luego sea Lacan quien a través de su teoría psicoanalítica de los significantes la relacione con el discurso histórico.
- Según la teoría psicoanalítica, la histeria masculina es por estructura neurótica, es decir, aquí el sujeto siempre está negando su falta dada por la castración en el complejo de Edipo, además de que en este caso específico, el sujeto rechaza la aprobación simbólica por parte de su padre, y prefiere la aprobación imaginaria por parte de la madre, aprobación que es a la vez de tipo fálico y reconoce al ser del histórico en el lugar de la alteridad. La aprobación o reconocimiento es dada por parte de la madre con su mirada.
- La histeria masculina se diferencia de la histeria femenina por el hecho de que esta se encuentra únicamente en los hombres. Puede ser transmitida por parte de un padre histórico. Además de rechazar a la figura de autoridad ya que le recuerda al padre, pero a la vez se la abdicar al Otro materno, y hace que aunque rechace la aprobación por parte del padre, por necesidad le toque siempre regresar a él.
- La semejanza de la histeria masculina con la femenina es la teatralidad y discurso histórico que se encuentran en los dos sujetos. Aparte de ser las dos de carácter neurótico.
- El donjuanismo en cuanto a estructura se relaciona con la histeria masculina por ser esta la que en su identificación primaria que hace con su madre, él la busca para su

aprobación, como también lo hace el histérico a través de la mirada materna. Además el Don Juan tiene un padre débil o carente que no cumple con la función simbólica como es común del padre del histérico. Dando como resultado que el Don Juan tenga una virilidad pasiva.

- La nueva forma de comportarse de los hombres es resultado de la caída del Nombre del Padre que es determinado por la globalización y el progreso que se tiene. Aparte de haber hecho que se encuentre una nueva economía psíquica en los sujetos.
- La caída del significante del Nombre del Padre ha hecho que los sujetos en la actualidad ya no se estructuren a través de la falta, a través de aquel significante que marcaba una disimetría con el otro, aquel que daba lugar al deseo. Al contrario, ahora los sujetos viven con la idea de que todo lo pueden, no le temen a nada, todo es posible siendo sujetos capaces de todo, viviendo bajo el disfrute de los goces que es ilimitado y posible gracias al uso de la tecnología.
- Por otro lado, la masculinidad en la actualidad se encuentra estructurada de una manera diferente. Ahora ya no es fácil hallar una figura con la cual identificarse. Gracias a la caída del Nombre del Padre se ha perdido el suelo por donde el hombre caminaba con seguridad, ese lugar que tenía la estructura que le permitía encajar perfecto y que no le demandaba mayor esfuerzo, pero la caída del NP ha hecho que se convierta en una problemática de tipo fálica para los sujetos masculinos, demandando mayor energía por parte de los varones para mantener su virilidad frente al otro, es decir, ahora los hombres necesitan fijar más energías tanto psíquicas como físicas en mostrar a través de su cuerpo que es masculino y viril, por ejemplo, con el body building.
- Los hombres de la actualidad se parecen a los de Hollywood, los cuales aparecen vestidos con una bata o en pijama lo que les da una apariencia bastante femenina, pero no es que sean femeninos, sino que es una nueva forma de virilidad. Frente a estos hombres hay mujeres que toman la iniciativa, aquellas que se convertirán en las nuevas patronas del hogar.

- La relación de la caída del Nombre del Padre con la histeria masculina es nodal en la teoría psicoanalítica por ser solo el psicoanálisis quién se interesa en estudiarla y se preocupa por lo que pasa con los sujetos en la actualidad. De la misma manera, los histéricos han comenzado a tomar mayor parte en la interacción con el mundo que les rodea por el hecho de ser ahora una problemática común en la sociedad.
- La caída del significante que estructuraba a los hombres se ha dejado a un lado, ahora existen otros objetos los que realizan esta estructuración en los sujetos. Los padres son los que ya no viven la fiesta, sino que pasaron a ser quienes disfrutaban de la misma.
- El histérico se está preguntando siempre por cómo ser hombre o mujer, lo que hace que para que mantenga su masculinidad y su forma de ser y parecer un hombre necesite de una pareja, un partenaire, que le certifique que si lo es, que él lo tiene, que tiene aquello que alguna vez le fue arrebatado, aunque nadie se lo va a decir mejor que su madre a través de la mirada de ella, pero aun así lo necesita saber por las mujeres. Además, va a ser el que suple con los deseos de las mujeres con las que se encuentra, va a darles todo lo que ellas necesitan aunque siempre dirá que lo único que necesitan es a él. Su masculinidad se verá reflejada en la queja histérica de ser siempre el que hace todo en la casa, queja que tiene un tipo de agresividad retorcida característico del histérico.

RECOMENDACIONES.

- Utilizar esta disertación en la práctica clínica para entender y comprender mejor las particularidades de la histeria masculina y no llegue a confundirse con los diferentes tipos de estructuras clínicas, por ejemplo, la obsesión y perversión. Siendo el caso de que a través de esta investigación se conozca mucho mejor la sintomatología y características de los sujetos histéricos.
- La investigación deja interrogantes que permiten contribuir tanto con la teoría como con la práctica, para así continuar con los supuestos teóricos, basándose en el contexto ecuatoriano y en la incidencia de hombres histéricos en esta población. Dando lugar a que en un futuro se proponga una disertación de tipo teórica – práctica apoyándose en la investigación presentada.
- El saber recopilado en esta disertación, puede entrar en una dialéctica que lo relacione en su práctica clínica y a la vez se lo articule con la teoría, encontrando una relación con la perversión, entre otras estructuras psíquicas.

BIBLIOGRAFÍA.

- Aguirre, B. (2016). *Recorrido del concepto de falo como función organizadora de la estructuración del sujeto sexuado. Estudio realizado desde la teoría psicoanalítica desarrollada por Lacan a partir de Freud* (tesis de pregrado). Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.
- Behar, R., & Molinari, D. (2010). Dismorfia muscular, imagen corporal y conductas alimentarias en dos poblaciones masculinas. *Revista médica de Chile*, 138(11), 1386-1394. <https://doi.org/10.4067/S0034-98872010001200007>
- Berger, A. (2004). En Los Laberintos Del Amor: Entre El Goce De La Privación Y El Goce Suplementario.
- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Braunstein, N. A. (2006). *El goce: un concepto lacaniano*. (1.^a ed.). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bruno, P. (1986). 1886-1986: *La histeria masculina*. En M. Méndez (Trad.). Presentado en CUARTO ENCUENTRO INTERNACIONAL DEL CAMPO FREUDIANO. «HISTERIA Y OBSESIÓN», París: Manantial. Recuperado de <http://psicopsi.com/1886-1986-LA-HISTERIA-MASCULINA-Pierre-Bruno>
- Castaño, D. M., & Salazar, P. L. (2012). De la diferencia en los mecanismos estructurales de la neurosis, la psicosis y la perversión. *Revista de Psicología GEPU*, 3(1), 127-147. Recuperado de <https://revistadepsicologiagepu.es.tl/De-la-Diferencia-en-los-Mecanismos-Estructurales-de-la-Neurosis%2C-la-Psicosis-y-la-Perversi%F3n.htm>
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010a). Castración (complejo de). *Diccionario del psicoanálisis* (2.^a ed., pp. 74-78). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010b). Deseo. *Diccionario del psicoanálisis* (2.^a ed., pp. 138-144). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.

- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010c). Falo (pp. 240-245). *Diccionario del psicoanálisis* (2.^a ed., pp. 240-245). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010d). Fantasma. *Diccionario del psicoanálisis* (2.^a ed., pp. 248-252). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010e). Freud (Sigmund). *Diccionario del psicoanálisis* (2.^a ed., pp. 278-287). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010f). Goce. *Diccionario del psicoanálisis* (2.^a ed., pp. 291-298). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010g). Ideal del yo *Diccionario del psicoanálisis* (2.^a ed., p. 335). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010h). Lacan (Jaques-Marie Emile). *Diccionario del psicoanálisis* (2.^a ed., pp. 382-390). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Freud, S. (1886/1966). Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. (Vol. I, pp. 25-34). Argentina: Amorrortu Editores S.A.
- Freud, S. (1933/1991). 33^o conferencia: la feminidad. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras* (Vol. XXII, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Freud, S. (1928/1992). Dostoievski y el parricidio. En J. L. Etcheverry (Trad.), *El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras* (Vol. XXI, pp. 171-194). Argentina: Amorrortu Editores S.A.
- Freud, S. (1893/1991). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Primeras publicaciones psicoanalíticas*. (Vol. III, pp. 25-40). Argentina: Amorrortu Editores S.A.

- Freud, S. (1924/1992). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *El ello y el yo y otras obras* (Vol. XIX, pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Freud, S. (1908/1992). Sobre las teorías sexuales infantiles. En J. L. Etcheverry (Trad.), *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen y otras obras* (Vol. IX, pp. 183-202). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Freud, S. (1905/1992). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Fragmento de análisis de un caso de histeria. Tres ensayos de teoría sexual y otras obras* (Vol. VII, pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Freud, S. (1923/1992a). La organización genital infantil (Una inter-polación en la teoría de la sexualidad). En J. L. Etcheverry (Trad.), *El yo y el ello y otras obras* (Vol. XIX, pp. 141-150). Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Freud, S. (1923/1992b). Una neurosis demoníaca en el siglo XVII. En J. L. Etcheverry (Trad.), *El yo y el ello y otras obras*. (Vol. XIX, pp. 67-106). Argentina: Amorrortu Editores S.A.
- Gabbard, B. (2002). Trastorno de la personalidad del grupo B: Histérico e histrionico. En *Psiquiatría psicodinámica en la práctica clínica*. Buenos Aires: Editorial Médica Panamericana.
- Lacan, J. (1958/2002). La significación del falo. En *Escritos II* (pp. 665-675). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1972/1992). VI. Dios y el goce de la mujer. En *El seminario de Jacques Lacan: libro 20: Aún*. (1ra ed., pp. 79-94). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1974). *Seminario 22. RSI, inédito*.
- Lacan, J. (1963/2007). XV. Un asunto de macho. En *El seminario de Jacques Lacan: libro 10: la angustia*. (1ra ed., pp. 215-230). Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (1957/2008). XXIV. De Juan el fetiche al Leonardo del espejo. En *El seminario de Jacques Lacan: libro 4: la relación con el objeto* (1ra ed., pp. 415-440). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1936/2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I* (pp. 99-105). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1956/2009). *El seminario 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1971/2009). *El seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante 1971*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972/2012). *El seminario 19: ...o peor 1971-1972*. Buenos Aires: Paidós.
- Landmann, C. (s.f.). La histeria masculina. En *La histeria masculina*. (s.Ed.)
- Le Gaufey, G. (2007). *El notodo de Lacan: Consistencia lógica, consecuencias clínicas*. Buenos Aires: Ediciones literales.
- Loray, A. (2016, septiembre 19). Del padre al Nombre del Padre. Del Edipo a la metáfora paterna. Recuperado de https://www.kennedy.edu.ar/wp-content/uploads/bsk-pdf-manager/Del_padre_al_nombre_del_padre_145.pdf
- Lutereau, L. (2014). *Histeria y obsesión: Introducción a la clínica de las neurosis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Melman, C. (1988). *Nuevos estudios sobre la histeria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Melman, C. (2004, febrero 4). Un padre, ¿para qué? Recuperado 10 de julio de 2018, de <https://www.freud-lacan.com/getpagedocument/8236>
- Melman, C. (2005a). *El hombre sin gravedad. Gozar a cualquier precio: entrevistas con Jean Pierre Lebrum* (1ra ed.). Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Melman, C. (2005b). La autoridad desde el psicoanálisis. *Desde el Jardín de Freud*, 0(5), 214-219.

- Micale, M. S. (1990). Charcot and the idea of hysteria in the male: gender, mental science, and medical diagnosis in late nineteenth-century France. *Medical history*, 34(4), 363.
- Moscone, R. O. (1988). El histérico: un retrato signado por la culpa y el fracaso: un drama ético. En *Revista de psicoanálisis*.
- Nasio, J. D. (1996). *Enseñanza de 7 Conceptos Cruciales del Psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.
- Perales, C. G. (2011). LA HISTERIA MASCULINA. *Rev. chil. psicoanal*, 28(2), 72–81.
- Rabinovich, D. (1995). *Lectura de «La significación del falo»*. Buenos Aires: Manantial.
- Real Academia Española. (2017). Masculino,na. *Diccionario de la Lengua Española*. España. Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=OXI91OV>
- Sáenz, J. (2015). *Aproximación al análisis de un caso de histeria masculina*. Universidad Autónoma de Nuevo León, México. Recuperado de <http://eprints.uanl.mx/9637/1/1080215004.pdf>
- Salgado, C. M. (2016). Los millennials su forma de vida y el streaming. *Revista Gestión Y Estrategia*, 0(50), 121-137.
- Thibierge, S. (s.f.). La histeria masculina. En *La histeria masculina*. (s.Ed.)
- Thompson, S., Frydman, A., & Lombardi, G. (2008). *Variables del diagnóstico psicoanalítico de neurosis en la histeria y la obsesión*, (Vol. XV, 127-136).
- Torres, M. (2014). *Clínica de las neurosis*. (2.^a ed.). Olivos: Grama Ediciones.
- Vega, V. (2015). El complejo de Edipo en Freud y Lacan.